Novela

El sueño de la Anaconda

Fernando Soto Aparicio





Fernando Soto Aparicio

Ha dedicado su vida por completo al ejercicio de la literatura. Sesenta años después de la publicación de sus primeros poemas, le ha dado al país, como herencia y como testimonio de su paso por la vida, 55 libros en todos los géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía, teatro, y literatura juvenil. Durante 30 años escribió más de 5.000 libretos para programas dramatizados de televisión; ha escrito guiones para cine, y centenares de artículos de periodismo investigativo y especulativo en diarios y revistas del país y del exterior.

EL SUEÑO DE LA ANACONDA

FERNANDO SOTO APARICIO

EL SUEÑO DE LA ANACONDA

(Novela)

GOBERNACIÓN DE BOYACÁ
SECRETARÍA DE CULTURA Y TURISMO

Secretaría de Cultura y Turismo de Boyacá
Carrera 10 No. 19-17
Tels. 7426547 - 7423547 - 7423179
Fax: 7426548
secreculturaboy@hotmail.com
Tunja, Boyacá, Colombia.

El sueño de la anaconda
ISBN: 978-958-8394-01-5

Primera edición: agosto de 2008
Edición de 2.000 ejemplares

Director Editorial: Guillermo Velásquez Forero

Carátula: Laura Soto Salazar
Fotografía del autor: Libia Rosa Chacón Núñez

Diseño y diagramación: Juan Mauricio Martínez R.
Impresión y encuadernación:
Editorial Artes Gráficas E.U.
Carrera 12 No.16-94
Tel. 7444496
www.editorialartesgraficas.com
Tunja, Boyacá.

Impreso en Colombia

Capítulo 1
"Les da por aposentos sus entrañas"

1.

El mar es una cárcel infinita
que carece de muros y de rejas;
cárcel feroz en donde el alma grita
sin que se oigan sus gritos ni sus quejas;
hay una celda inmensa que limita
contra la eternidad; y allí te alejas
sin ir a ningún sitio conocido
porque el mar es tan sólo agua y olvido.

Se traga por igual las carabelas,
se bebe atardeceres y tifones,
se trepa a lo más alto de las velas,
vomita tempestades y ciclones,
es pavor lo que inspiran sus estelas
y rabia lo que dan sus cerrazones,
y es arcano guardián que se divierte
empollando los huevos de la muerte.

2.

Desde la colina de las enormes piedras donde los primitivos pobladores de Hunza habían hablado con sus dioses, bajaba a la ciudad una llovizna persistente. El cielo, tan cercano que parecía

desflecarse contra las torres caprichosas de los estoraques, tenía un color gris opaco que movía al recogimiento y a la tristeza. Roncas y graves se oyeron las campanas, como con pocas ganas de emprender el vuelo en busca de la tarde.

Don Juan miró el patio mojado desde el corredor, y lo volvió a sorprender la persistencia roja de los geranios que cuidaba Baruola, escarbando entre los tiestos de barro para evitar insectos y yerbajos. Vio las brevas madurándose en la mata bajo la que solía colocar su silla de las meditaciones en los breves días en que el sol era un regalo, y sintió en la boca la suavidad de la cáscara verde y el sabor dulce de la pulpa. A paso lento, y extrañando el apoyo de su nieto Gabriel, quien por concesión especial del arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero había venido ayudándole en el coro, el altar y el púlpito, se dirigió hacia su biblioteca; y desde la amplia puerta de madera tallada miró a sus compañeros inseparables, cuidadosamente formados y listos conformando los ejércitos de la inteligencia, que eran los únicos que había comandado en los últimos cuarenta años de su vida: sus libros, muchos de los cuales habían sido repetidamente leídos hasta el punto de que casi los sabía de memoria. Los libros no traicionan, pensó; no son avaros ni ambiciosos porque entregan de buena gana todo lo que tienen; no ejercen la crueldad aunque hablen de ella; no se emborrachan con el vino artero del poder; son incondicionales y abiertos como las madrugadas, y sin necesidad de llama alumbran los recovecos de esta vida y aclaran los pasadizos de la muerte.

Pensar en la inevitable vencedora lo llevó a

meditar que no había terminado su testamento. Suspiró y cerró los ojos. Morir, ¿sería sumar los dolores hasta una cifra insoportable? O por el contrario, ¿dejaría de sentirlos y entraría en una especie de sueño sin retorno en este lado del mundo, para abrir las miradas en el otro? Su vida ¿había sido un acertar de vez en cuando, o un errar con frecuencia? Tal vez, se dijo, una mezcla de las dos cosas. Ni el día ni la noche duran eternamente.

Oyó los pasos inconfundibles de Gabriel sobre los maderos flojos del corredor; y ese sonido familiar le alborotó el tremedal de la memoria, y los recuerdos volaron como bandadas de pájaros que buscaran a trompicones los aleros de una mansión en ruinas. Y de una de las tantas madejas con que había tejido su vida fueron desprendiéndose los hilos de los días ya pasados, hasta envolverlo por completo.

3.

Desde el filo del acantilado miraba el mar. Allá, muy lejos, después del beso del horizonte, adivinaba las costas de España, el bullicio loco de Sevilla, las embarcaciones de toda clase abriéndose paso por entre las aguas del Guadalquivir. Pensó en sus padres, en sus hermanos, y creyó oír el picotear de las cigüeñas en la espadaña de piedra de la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves: ese mismo lugar adonde había trepado una tarde, en sus ocho años, no sólo para acariciar la piel oscura de las campanas sino para que los ojos se le volaran por los tejados y las casas blancas de Alanís y se fueran más allá, libres como águilas reales, hasta perderse en las estribaciones azuladas y grises de la

Sierra Morena. Y de repente los gritos de ¡Súbanlo, súbanlo! le rompieron los sueños, y regresó a las costas de esa isla en la que llevaba viviendo más de un año.

Entonces vio que ante las amenazas de un español, armado con un látigo y una espada, dos indios empezaban a recoger con esfuerzo la cuerda sumergida en el mar. Sacudió la cabeza para ahuyentar las imágenes por donde había estado corriendo su niñez ya perdida, y divisó numerosas canoas en diferentes sitios de la rada; y cuando regresaron los gritos se acercó a los dos indios y de manera instintiva les ayudó a tirar la cuerda, que estaba resbalosa no sólo por el agua sino por las algas y los líquenes. Por fin subieron al sumergido que tenía el lazo amarrado bajo los brazos, y de cuya cintura colgaba otra cuerda con una gran piedra que lo mantenía en el fondo, en el banco de las ostras que el tiempo había sembrado para que ahora la ambición de los blancos cosechara las perlas.

Colocaron el cuerpo desmadejado sobre una pequeña franja de arena, y Castellanos vio que se trataba de un hombre de cabellera larga y oscura, desnudo, de piel morena, y con los ojos casi brotados de las cuencas; de su nariz salía un hilo de sangre clara que la playa se fue bebiendo poco a poco. Los otros nativos lo sacudieron suavemente, con miedo, como si solamente estuviera dormido y temieran despertarlo de un largo sueño. El español lo golpeó con el pie, y sin mirar directamente a Castellanos le dijo algo así como está reventado, estos inútiles son los que acaban con el negocio. Luego les ordenó a los indios que subieran a una canoa y se fue con ellos unos metros adelante del

acantilado para continuar con la faena: uno debería atarse una piedra pesada a la cintura y descender hasta el oscuro bosque de los corales, y el otro lo subiría cuando el amo mandara; y tal vez el sumergido ascendería con una provisión de ostras o quizás sólo traería la muerte que se le metería por la nariz o por la boca y le reventaría los pulmones, caso en el cual sería reemplazado por otro que haría el mismo viaje, desde la clara luz de la tarde que planeaba con las alas abiertas sobre las costas de Cubagua, hasta la transitoria oscuridad del fondo o hasta la sombra definitiva donde vagan sin cielo ni camino los que fueron vivos.

Castellanos se volvió hacia el muerto y entonces se dio cuenta de que en cuclillas junto a él estaba una india, que le tocaba la cara como en una despedida o en una caricia. Y cuando alzó los ojos y lo miró, el joven aventurero andaluz sintió un golpe profundo en el alma, como si en las palabras que ella no dijo se hubieran unido todas las maldiciones de la tierra.

4.

La Nueva Cádiz era el desorden, el lujo, el despilfarro, la anarquía en diversas manifestaciones, la opulencia desafiante y la miseria más sombría. Las perlas, que se encontraban sin dificultad, permitieron que la ciudad se levantara en poco tiempo con mansiones suntuosas, tabernas, burdeles, casas de juego y tiendas que exhibían mercancías traídas del viejo mundo. Estaba llena de españoles rápidamente enriquecidos, y además ahí habían venido a recalar aventureros de otros países en busca de una riqueza

pronta y fácil. Pese al intento de elegir unas autoridades que moderaran el desorden, acababan siendo insuficientes o cerraban los ojos ante quienes sabían colocarles una venda aderezada con doblones, castellanos, perlas o figuritas de oro. Porque a la ciudad que crecía de manera caótica y constante iban a beber y a divertirse los que saqueaban las tumbas en otras latitudes, y también los que cazaban a los indios para venderlos como esclavos en las islas vecinas, y los que robaban a los incautos y a los más débiles, y los que desembarcaban con la ambición por único equipaje. Se murmuraba que en otras costas de esa nueva tierra, en la isla Margarita, en la región de Santa Marta, en los arenales del Cabo de la Vela, también se encontraban perlas como si el mar estuviera entregándolas a manos llenas. Pero en las costas de Cubagua había tantas, que se calculaba que en años de explotación apenas se haría una mella insignificante en su inmensidad. Así que amparados por esta riqueza aparentemente interminable los vividores llenaban la bolsa, a costa de sacrificar a los naturales a quienes aún consideraban una especie de animales domésticos a los que utilizaban con tanta crueldad y frecuencia que tenían que reemplazarlos casi diariamente, cosa que no les preocupaba porque estaban seguros de que los indios, como las perlas, eran tan abundantes que les colmarían los morrales de la ambición por una cantidad ilimitada de años.

5.

Castellanos había abandonado las costas de España siendo apenas un muchacho. Acodado en la

borda de la carabela conversaba con Baltasar de León sobre ese mundo nuevo al que se dirigían, y del que habían oído cosas aterradoras y maravillosas en la voz de viejos marineros que fueron y volvieron, que entretenían el ocio en las tabernas de las orillas del Guadalquivir, y a quienes les pagaban un vaso de vino para que contaran sus experiencias. Y ellos exageraban los peligros, hablaban de indios que aunque se defendían con fiereza de los invasores se podían engañar con oropeles de bisutería, de mujeres hermosas y complacientes, de tumbas llenas de oro, de costas donde se daban las perlas como las aceitunas en los comienzos del estío. Baltasar era un mozo rudo, de pocas luces, que iba confiado en obtener la ayuda de su padre, don Juan, también nacido en Alanís; y Castellanos pensaba que quizás podría utilizar las lecciones recibidas durante varios años de parte de Miguel de Heredia, una de las personas más instruidas que había conocido, y quien le enseñó con dedicación y paciencia historia y latín, gramática y preceptiva, poesía y oratoria. Baltasar se burlaba diciéndole que le quedaría difícil enseñarles poesía a los indios que no entendían el español; pero Juan, que había permanecido más de siete años aprendiendo las artes que dominaba Heredia, sabía que a esos territorios desmesurados habían viajado algunos curas, a los que podría ayudar en el manejo de las iglesias y en el intento de atraer a la religión católica a personas que nunca habían oído hablar de ella.

En los dieciocho años de Juan bullía el deseo de la aventura; y empezó su incierto camino en San Juan Bautista de Puerto Rico, donde permaneció unos

meses ayudándole al obispo Alonso Manso hasta que la muerte se lo llevó, y dejó al andaluz perdido en ese mundo que lo atraía, deslumbraba y atemorizaba al mismo tiempo. Y entonces fue de isla en isla, sobreviviendo con negocios lícitos a veces y en otras ocasiones traspasando los límites de lo permitido; y anduvo por Curazao, Bonaire y Aruba hasta que fue a parar a las calles enloquecidas de Nueva Cádiz por las que ahora caminaba, sin poder apartar de su memoria el cadáver del indio y el gesto de odio y miedo con que lo miraba la muchacha arrodillada junto al muerto.

6.

A Miguel de Heredia le gustaban las visitas esporádicas que le hacían los padres de Juan; no sólo porque siempre le llevaban los frutos de la tierra, los jamones preparados por Cristóbal, las mantas que cardaba Catalina y los panes que asaban en el gran horno situado en la parte posterior de la casa, sino porque podía enumerarles los progresos que el chico realizaba en materias que para otros de su edad eran incomprensibles. Les decía de qué manera ese muchacho, al que habían bautizado el domingo 9 de marzo de 1522, hacía algo más de diez años, tenía grandes facilidades para el latín, una lengua complicada que se había convertido en patrimonio exclusivo de la clerecía y de unos pocos privilegiados; ponía a Juan a que cantara motetes y a que relatara en vocablos entendibles para ellos los fascinantes pasajes de la mitología, y que les hablara de Homero y Virgilio y otros grandes contadores de historias, que mantenían a Catalina con los ojos desplegados ante la sabiduría de

su hijo que, además, ya estaba aprendiendo a tocar guitarra, para lo que según Miguel también poseía una disposición natural.

Juan casi no tenía amigos; pero cuando volvía al pueblo, con dos o tres compañeros de su edad hacían excursiones hasta las ruinas del imponente castillo que los moros habían dejado en las afueras, y jugaban a esconderse entre las encinas, los alcornoques y los olivos, se trepaban a los granados y huían de los álamos negros que en largas filas parecían perseguirlos como ejércitos de fantasmas, seguían los vuelos de los azores en el pálido cielo del otoño, apostaban a distinguir entre las águilas reales y las águilas culebreras, y armaban cacerías de mentiras vigilando a los ciervos de los cuales apenas alcanzaban a divisar las cornamentas como relámpagos de bronce entre el verde opaco de la maleza.

Y amaba la lectura, lo que complacía a Miguel que le había dejado franca su biblioteca, donde Juan permanecía gran parte de su tiempo; y repartía el restante entre ayudarle al cura en los menesteres de la iglesia, o hacer ensayos de oratoria siguiendo los parámetros de los sermones del bachiller, y de preceptiva, enredándose en los romances y convirtiéndose en protagonista de las prodigiosas aventuras que relataban los libros, por los que sentía un profundo respeto como si se tratara de personas mayores y sabias que estaban dándole indicaciones y consejos.

De vez en cuando un domingo retornaba a Alanís, y de inmediato se trepaba a la espadaña de la torre para espantar cigüeñas, amaneceres y campanas,

mientras dejaba que las miradas se le fueran hacia la Sierra distante amarradas al vuelo de las golondrinas. Y en la iglesia sevillana donde el cura Heredia celebraba la liturgia también subía al coro y después a la torre más alta y desde allí veía el curso caprichoso del Guadalquivir, memorizaba la silueta de las embarcaciones, inventaba aventuras acerca de los puertos donde terminarían su recorrido, y en la medida en que desde más allá del mar llegaban las historias fabulosas del nuevo mundo, pensaba que un día tendría unos medios para desplazarse, distintos a las alas de su imaginación, para ver y palpar esas extrañas tierras y empaparse de sus misterios y de sus maravillas.

7.

Por las calles de Nueva Cádiz la gente corría como si hubiera llegado el fin del mundo. Castellanos, que acababa de recibir unos cuantos doblones de manos de un comerciante en perlas al que solía venderle las que los indios manejados por él sacaban de las profundidades del mar, se sintió arrastrado por el tumulto, y fue a dar al muelle donde estaban fondeados algunos navíos mientras que otros, inclinados a babor o a estribor, mostraban la parte generalmente hundida entre las aguas, que marineros sin destino cierto se dedicaban a calafatear. Y entonces vio el barco que parecía llegar de una travesía por los infiernos, roto el palo mayor, las velas desflecadas, la proa abierta en astillas y la popa hundida en las olas, de forma tal que la nave parecía avanzar en cuclillas buscando la seguridad del muelle.

Alguien le dijo que en el barco venía la gente de Francisco de Orellana, y tal vez él mismo, después de navegar centenares de leguas por territorios desconocidos; y esas dos palabras le sacudieron los deseos de aventura que había venido reprimiendo para disfrutar de una existencia cómoda y mediocre en Cubagua gracias al negocio de las perlas que, según comentaban algunos, estaban acabándose, obligando a los dueños de los indios a mantenerlos más tiempo bajo el agua, a trueque de que los reventados fueran cada vez más numerosos. Y cuando el barco, o lo que de él quedaba, pudo por fin detenerse y algunos restos de hombres empezaron a descender, Castellanos se metió entre ellos, mirándolos con detenimiento, como esculcándolos, como tratando de untarse de los paisajes y de los peligros que traían detrás de los ojos.

Los gritos de la gente de Nueva Cádiz, que eran una colectiva voz de bienvenida para los recién llegados, se apagaron de repente hasta desembocar en un silencio espeso. Los marineros, flacos, barbados, sucios, en andrajos, avanzaron por entre la multitud que les abrió camino como si temiera contagiarse. Y luego las autoridades se llevaron a Orellana con el pretexto de agasajarlo pero en realidad para preguntarle detalles de su recorrido, como temiendo que Pizarro decidiera pedirles cuentas por su hospitalidad para quien podía considerarse un fugitivo y un traidor, o en la misma medida un héroe.

Castellanos subió al barco y lo sacudió un olor a río revuelto, a sangre y agonía, a barbarie y a inmensidad. No pudo definirlo con exactitud pero sintió la embriaguez del peligro, el llamado de lo

desconocido, los gritos con que la selva reclamaba su presencia; y por primera vez tomó conciencia de la inutilidad de su espada, del ocio de su brazo, del vacío de sus manos. Esos hombres venían de un lugar tan distante que ni siquiera lo alcanzaba la imaginación; esos ojos espantados con que observaban las palmeras de la costa habían presenciado la violencia de los elementos y de los seres perturbados en su tranquilidad de siglos; esos pasos vacilantes habían andado por la cubierta del navío que debió mecerse en las torrenteras y en los despeñaderos de agua.

Y Castellanos aspiraba el aire a bocanadas, hambriento, sediento, ansioso, como si todavía en las hilachas de las velas y en las astillas del palo mayor quedaran briznas de peligro, restos de posibles naufragios, hálitos de tortura y de muerte.

Bajó con los últimos marineros y los siguió hasta una de las numerosas tabernas de Nueva Cádiz que, ante la llegada de los resucitados, y con la perspectiva de que vendrían cargados de oro, había encendido las luces de sus bebederos, prendido la música de sus bares y desnudado a las prostitutas de sus burdeles para empaparse de la efímera gloria de los que regresaban, y sonsacarles los últimos tesoros que quizás les quedaban de su desconocido viaje.

8.

A don Juan le resultó difícil asimilar la historia, que le había contado con medias palabras y con señas uno de los indios que utilizaron con Lorenzo Martín para limpiar la tierra plana y enmalezada y trazar sobre ella las calles de Tamalameque. Ya por esa época el

andaluz andaba recogiendo los relatos al parecer más disparatados en un cuaderno que casi nunca abandonaba, como si presintiera que andando el tiempo acabaría siendo el escritor mayor del nuevo mundo.

Según el indio, él, y millones más, habían venido desde un lugar que existió desde siempre, a bordo de una gran anaconda que era tan ancha como un río y tan larga como todos los días que forman el tiempo. Dentro de la anaconda venían los que llenaron el mundo en una edad remota, antes de una de sus múltiples destrucciones; y los viajeros traían sus malocas, unas atarrayas hechas de bejucos para enjaular los peces, las flechas para detener en su salto a los venados y en su vuelo a los patos, los poporos para mantener encendido el fuego blanco que les alumbraba los caminos de la eternidad. La anaconda se detuvo en algunos lugares que ella misma escogía y los indios descendían para fundar poblados, construir telares, tejer mantas, sembrar el maíz, aprender bailes y cantos, trabajar el oro transformándolo en palabras de silencio que solamente comprendían los dioses, y esperar que el tiempo los envolviera en sus telarañas para viajar a la realidad de donde habían venido, o hasta que se produjera una nueva sacudida que cambiara de sitio las lagunas y los montes. Y esa anaconda era casa, alimento, transporte, destino, lumbre y oscuridad, y cuando traspasaba las barreras de una edad era sólo para empezar a viajar en otras, siempre desde ese punto no fundado para reiniciar los ranchos y las siembras y el crecimiento de los seres y de los animales y los árboles, hasta que fuera necesario

volver de nuevo y realizar el trabajo de repoblar el mundo cuando las cóleras de los dioses determinaban destruirlo. Pero a través de las edades y de los cataclismos la anaconda era la vida, el viaje, el avance, los años, las noches, las constelaciones, los soles y las lunas y las estrellas, y era al mismo tiempo las personas y los bailes, las plantas, los amaneceres y las ceremonias, y los círculos que trazaba la anaconda en su ir y venir se contaban en las manchas amarillas y negras de su piel, dura y elástica, río y canoa atravesándolo, existencia y muerte repitiéndose y multiplicándose.

9.

Lo despertó el mal sabor que le había dejado el vino bebido en abundancia la noche anterior. Con los ojos nublados y el ánimo revuelto salió al patio de la casa del matrimonio formado por Pedro Ruiz Barrasa y Beatriz de Medina, que se habían convertido en sus protectores y en muy buenos amigos, y que estaba situada a corta distancia de la playa, en uno de los mejores sitios de Nueva Cádiz, y cerró los ojos porque pensó que el sol podría dejarlo ciego. En medio de las tinieblas interiores vio jarras y copas de diversos licores, senos, piernas, manos agarrotadas sobre una daga, sangre a borbotones, toneles que rodaban, relámpagos de metal que llevaban la muerte, explosiones de arcabuces y trabucos, y oyó campanas y gritos y blasfemias y mentirosas palabras de pasión. Para despejarse un poco puso la cabeza debajo de un chorro de agua que caía a través de un canalete de guadua y al enderezarse sintió las gotas cayéndole por

la espalda, y sin que supiera por qué recordó una de las pocas conversaciones coherentes de la noche: los aventureros que levantaron su riqueza sobre cadáveres de indios empleados en la búsqueda de las perlas se quejaban de que los nativos, taimados y rebeldes, no habían vuelto a rendir como unos meses antes; algunos sostenían que las perlas se habían agotado, al paso que muchos culpaban a los nativos y manifestaban su decisión de exigirles más, aunque acabaran reventados. Y esas palabras le recordaron que debía ir cuanto antes a la costa, obligar a los que le pertenecían a sumergirse, presionarlos así fuera utilizando el látigo o la espada para que se metieran a las honduras buscando los ostreros y que subieran luego con el deslumbramiento de las perlas, como lo venían haciendo por meses, como tendrían que seguir haciéndolo por años.

Cuando llegó al trozo de playa donde solía dejar su barca amarrada al botalón, se encontró con un lugar completamente desierto. Los indios, pensó, se habían llevado las canoas dándose a la fuga mar adentro, en busca de otras islas que al menos transitoriamente les devolvieran la libertad que sin saber cómo ni por qué habían perdido. Y cuando dio la vuelta para regresar a Nueva Cádiz la vio, en la misma posición de la tarde anterior, en cuclillas ante el muerto como una estatua de mar y arena, de sufrimiento y de perseverancia. La sorpresa lo dejó quieto, y tuvo que esforzarse para reaccionar y aproximarse hasta que lo detuvo en seco su mirada.

Quería decirle algo, pensó Castellanos. Había tanta intensidad en esos ojos, que ardían como un

incendio. Se acercó y entonces ella señaló al muerto, y luego al mar, y después a la pequeña embarcación que estaba varada en la playa, entre espadañas y juncos que la hacían casi invisible.

¿Hacían falta las palabras? ¿O el gesto era tan claro que salía sobrando la voz? Castellanos se acercó a la canoa, la soltó de los nudos que la ataban a la juncaleda, caminó hasta el lugar donde la india seguía custodiando el cadáver, y ayudado por ella lo subió a la barca que más que nunca tuvo forma de ataúd. Luego, siempre con la mirada de ella sobre su rostro, tomó los remos y con vigor la impulsó mar adentro. El cuerpo del muerto aún no despedía mal olor y parecía dormido, aunque esa sensación de su reposo se rompía con el hilo de sangre seca que lo marcaba desde los labios hasta el hombro. Castellanos no sabía para dónde iba, pero la mujer alzó la mano derecha y él supo que habían llegado. Entonces le ayudó a la muchacha a levantar el cuerpo del indio y entre los dos lo lanzaron al agua sin quitarle la piedra atada a la cintura, por lo cual se hundió rápidamente dejando apenas en la superficie del mar una ligera cicatriz circular, que poco a poco se borró.

Luego Castellanos remó hasta la playa, dejó la canoa en el mismo lugar de donde la había tomado, y desentendiéndose de la india se dirigió casi corriendo hacia las primeras calles de Nueva Cádiz. De repente volvió a mirar hacia atrás, y se dio cuenta de que ella iba casi pegada a sus talones, a una distancia tan insignificante que era más corta que su sombra.

10.

La memoria es como un arco que puede disparar al tiempo muchas flechas, pensó don Juan; y aunque levantó las manos sarmentosas para espantar el enjambre de los recuerdos, estos no le obedecieron porque desde cuando el hombre tuvo su primer pensamiento, siempre han venido haciendo lo que les da la gana. Por eso, del fondo del olvido en el que no quería dejarlos, le fueron llegando resplandores dorados, relámpagos, figuras, significados, y un fuego sostenido por los leños y por la codicia en los hornos donde los conquistadores incineraron sin detenerse a examinarla toda la historia de una raza.

Tal vez lo había visto directamente, o quizás se lo relató alguno de los numerosos corresponsales. Uno o tal vez varios, porque la masacre de los símbolos había tenido los mismos derroteros. Los miembros de la gran familia humana recién hallada casi nunca iban solos: se hacían acompañar por pequeñas figuras de oro que eran la representación de sus dioses, la materialización de sus creencias, la forma como podían acercarse a la divinidad, la voz dorada con que les pedían a los seres superiores que no los abandonaran en su peregrinaje por la tierra. Usaban pectorales, brazaletes, collares, cascos, narigueras, diademas, pendientes, en cuya confección habían utilizado el oro que era la carne de dios, la figura que podían mirar sin que quedaran ciegos; esos rayos amarillos que el sol les había regalado, metiéndolos en el fondo de los ríos o en las entrañas de la tierra, eran trabajados por los orfebres y se convertían en agujas, chagualas, bastones, pezoneras, poporos y otros elementos similares que

representaban lo que para ellos tenía un profundo significado, lo que constituía la cotidianidad de su existir y la proyección de su pensamiento, y por eso le daban al cuerpo del dios la forma de los pájaros sostenidos en el aire por la música de su vuelo, o convertían el metal en tigres de largos colmillos y de ojos saltones y enfebrecidos, o en ranas como las que anunciaban la época de las lluvias para que apresuraran las siembras, o murciélagos de los que salían a borbotones como pedazos de noche desde el misterio de las cavernas, o balsas ceremoniales, o figuras lunares, crecientes, menguantes, plenas, y aunque casi siempre llevaban el cuerpo desnudo tenían el espíritu vestido con esas ofrendas cuya materia prima era suministrada por su dios para que ellos la transformaran mediante un ejercicio de trabajo y de adoración.

Y cuando alguien de la tribu se iba a recorrer el gran río del más allá, y a esperar en sus orillas que las arañas terminaran de tejer sus telas para transportarlos al otro lado donde estaban las casas y los sembrados nuevos en que continuaría la vida, le llenaban la tumba de ofrendas, para que también estuviera protegido y para que con ellas se sintiera identificado con el señor sol que regía los destinos de uno y otro lado.

Pero los que dijeron venir a civilizarlos, pensaba don Juan con una sonrisa triste y pálida, les arrebataron todos esos símbolos, esas palabras no escritas, esas plegarias de reverencia y de silencio, y las fundieron en tejos uniformes, en barras matemáticas donde la voz ya no existía. Al deformarlas, al convertirlas en mercancía, les mutilaron sus múltiples significados y

les quitaron a los indios la palabra dorada con que se comunicaban con el sol y con la que, a través de él, comprendían la vida y el sentido de la libertad.

11.

Los pasos de Gabriel se detuvieron ante la puerta de la biblioteca, y don Juan alzó los ojos cansados y lo miró en silencio. Le sonrió. Encontró en las facciones de su nieto un parecido no con Pedro de Rivera, que seguía siendo su dolor de cabeza, sino algunos rasgos suyos: los de ese muchacho andaluz, aventurero, soldado, tocador de guitarra, pendenciero, enamorado, violento, que había andado por los caminos ocultos de la selva, sitiado por las flechas envenenadas, por el insomnio y por el hambre, en pos de una ambición que al fin de cuentas sólo le había dejado desventuras.

Detrás de Gabriel entró Baruola, que les llevaba sendas jícaras de chocolate con acompañamiento de colaciones, y que después de dejarlos servidos desapareció tan cautelosamente como había entrado.

Hablaron de las cosas habituales: del frío que arreciaba en agosto, el viento que cernía la llovizna, los trabajos adelantados en la iglesia mayor, un próximo viaje a la casa que tenía don Juan en Villa de Leiva, que había llegado a una época de paz después de haber sido refugio y tumba de los marañones a los que el virreinato les concedió una especie de amnistía, una suerte de decreto de perdón y olvido para dejar sepultados los horrendos crímenes cometidos cuando militaban bajo las órdenes del tirano Aguirre, para que se convirtieran en ciudadanos de paz y de bien y

construyeran sus casas en ese territorio que, según se decía, había sido el fondo de un mar en unas épocas remotísimas, cuando ni siquiera existía el hombre empezando a andar por los caminos de la tierra.

Y luego Gabriel continuó con uno de sus trabajos cotidianos: intentar el arreglo de los numerosos cuadernos que manejaba don Juan, y de los que logró extractar, a lo largo de las décadas, esos versos que habían sido su razón de vivir, el impulso que mantuvo en actividad su corazón y su cerebro y que le habían dado unas pausas gratificantes en el trajín diario, en las luchas contra las envidias y la maledicencia, en su empeño por hacer de Tunja una ciudad culta donde las tertulias literarias y musicales reemplazaran a los saraos y las bacanales que, según se decía, se organizaban en algunos sectores por los que andaba suelto el diablo.

Capítulo 2

"De la verdad de cosas por mí vistas"

1.

Grande y desconocido es el espacio
donde se afianza toda la memoria.
Por él es preferible irnos despacio
como una lenta y perezosa noria,
y mirar poco a poco el cartapacio
donde se va escribiendo nuestra historia,
porque un andar a veces torpe y lerdo
lleva más fácilmente hasta el recuerdo.

Somos presente y a la vez pasado;
pero por más ahondar hacia el futuro
no lo veremos nunca iluminado
sino en la noche y la distancia oscuro.
Que la mente es un campo clausurado
donde el andar es frágil e inseguro,
y todo es ilusión y es transitorio
en ese misterioso territorio.

2.

A don Juan le dolía, no tanto en el cuerpo sino en el alma, su dificultad para caminar desde su casa hasta su iglesia, aunque quedaban casi pegadas la una de la otra. Su casa, que no era propiamente suya sino de su

amigo Domingo de Aguirre, en la que vivía desde hacía cuatro décadas, y que él le dejó para renta de su capellanía; y su iglesia, que había visto crecer palmo a palmo en medio de numerosas dificultades porque en ocasiones los vecinos se olvidaban de colaborar en su construcción y embolataban el diezmo, y además los dos novenos que debía ceder el rey para la edificación se perdían o demoraban por años en los trámites burocráticos; y como si fuera poco, porque la herencia del padre Vicente de Requexada, que había caído de maravillas para fortalecer el siempre flaco dinero destinado a levantar la catedral con que soñaba el beneficiado, se evaporó casi por completo en una maraña de pleitos, donde tanto la parroquia de Santiago como los agustinos e incluso Pedro García Vélez, el médico que recetó en Leiva al anciano sacerdote, salieron perdiendo.

Mientras andaba a paso lento, la madrugada iba abriéndose camino entre las espesas nubes que procuraban retenerla más allá del alto de San Lázaro; y una leve llovizna le daba la noción de que todavía su cuerpo le pertenecía porque se le agarrotaban los músculos y le empezaban a doler todos los huesos. Don Juan amaba ese frío, esos rincones emparamados y ese cielo gris y triste, al que se había acostumbrado durante los últimos lustros de su vida; en donde había luchado por su ideal de dotar a Tunja de un templo que fuera digno de la ciudad y de su Dios, el mismo que en los tiempos de la pasión y de la iracundia lo había llamado a su servicio; amaba la casa de Domingo, el huerto y el jardín, los corredores por donde iba el silencio de puntillas para no despertar ningún eco, los

cuartos encalados de gruesas vigas y de paredes sólidas, y sobre todo su lugar de trabajo en el que se amontonaban los cuadernos con anotaciones, las cartas con relaciones de hechos increíbles, la larga y nutrida correspondencia sostenida con decenas de personas que le contaban sus hazañas y sus desventuras y que él había ido agrupando, ordenando, relatando en su propia prosa que sin saber en qué momento exacto había ido convirtiéndose en verso, en esa métrica especial que llegó a España desde Italia, y que en su patria había sido aceptada y utilizada por dos grandes poetas a los que admiraba desde sus épocas de aprendiz con Miguel de Heredia, ya que las obras de Juan Boscán y de Garcilaso de la Vega, recientemente publicadas, habían sido sus preferidas. Le gustaba el olor de la tinta, el tacto de la pluma, la textura del papel, y recordaba cómo había empezado a poner en verso la información de esa América a la que quiso rescatar para que nunca se olvidaran las costumbres de sus naturales, el valor con que la habían defendido, el respeto con que la trataban, y esa tristeza inmensa ante lo irremediable que era lo que más cruelmente había ido matándolos.

Y ya frente a las puertas de la iglesia repasó el comienzo de la primera parte de sus Elegías: *"A cantos elegíacos levanto/ con débiles acentos voz anciana/ bien como blanco cisne que con canto/ su muerte solemniza ya cercana"*. Pensó en el último canto del cisne, que presintió al comenzar su obra. Pero de eso hacía más de cuarenta años, y la primera parte se multiplicó por cuatro, y aún continuaba respirando el aire frío y limpio y todavía en el fondo de los ojos le cabía la

totalidad del cielo.

Y también le cabía la iglesia con sus tres naves de cien metros de largo, con dos hermosas capillas a cada uno de sus lados, con sacristía, atarazana y una gran portada en piedra. Las capillas situadas a mano derecha, entrando a la iglesia, en cuya construcción habían sido definitivas las ayudas de la Hermandad del Clero y de don Pedro Rodríguez de los Ríos; y las de la izquierda, una mandada levantar por el fundador, el capitán Suárez Rendón, y la otra llamada de la Veracruz o de los Mancipes, que se edificó con los aportes y la generosidad de don Pedro Ruiz García. Todo eso lo observó don Juan desde la puerta, y luego alzó los ojos y miró el techo de tejas que protegían lo que había ido construyendo y acumulando, y sintió un ramalazo de orgullo, o tal vez, lo pensó, sería mejor llamarlo satisfacción, porque si estaba a punto de terminar su vida también se hallaba cerca de concluir su obra, aunque la falta de la torre adecuada le dolía como si le hubieran cercenado una oreja.

Y en ráfagas que sacudían el andamiaje caprichoso del pasado le llegaron las alternativas, discusiones, pleitos y trabajos que habían acompañado su labor de beneficiado, vicario y mayordomo de la santa iglesia de Santiago, los alegatos casi diarios con los constructores de la obra, Bartolomé Moya, Francisco Abril, Pedro Gutiérrez y otros, y la obligación de mejorar el templo y de responder adecuadamente a las exigencias que iban presentándose en la medida en que crecía, la necesidad de hacer cuatro cimbras de madera con sus péndolas en todo el testero encima del arco toral y no de mojinetes

como se había decidido en un principio, y luego los tropiezos para que los albañiles, los carpinteros y los negros que trabajaban bajo sus órdenes encalaran las paredes e hicieran la tribuna para el coro y la sacristía, y la portada de cantería y las gradas de la puerta principal, y para dejar un espacio adecuado para concluir el colgadizo o atarazana donde pudieran guardarse los elementos que se requerían para la construcción y posteriormente para el culto.

Pero al fin, pensó don Juan con un largo suspiro, la iglesia era una realidad, y podía decir que en todo el nuevo reino no existía una obra tan hermosa, una casa de Dios tan vasta para que los fieles se encargaran de llenarla con las cuotas inevitables de sus oraciones y su arrepentimiento.

Por los estoraques que parecían edificaciones enormes donde habitaba el viento, bajó el frío y empujó a don Juan al interior de la iglesia, donde los brazos abiertos de Dios habían estado esperándolo desde la noche tenebrosa en que el mar destrozó de un manotazo la opulencia y los pecados de Nueva Cádiz.

3.

Alonso lo encontró adormilado en uno de los escaños de la primera fila, al frente del altar mayor. Don Juan miró a su sobrino como si no lo conociera, y el joven clérigo vio en el fondo de los ojos, ya empañados no sólo por la vejez sino por la distancia de donde venían los recuerdos, una playa solitaria, una fogata a punto de apagarse, y una mujer.

La primera en darse cuenta de la presencia de la india fue doña Beatriz. Pero ella era la prudencia

personificada y por eso no dijo una palabra, ni siquiera a su esposo. Y ahí estaba parada y quieta como sembrada en la tierra, a pocos pasos de la puerta de su casa, apenas con un trozo de tejido de colores sobre el sexo, y cubierta por una soledad y una tristeza que eran casi tangibles y que la tapaban de tal forma que quienes la veían parecían no darse cuenta de que estaba desnuda.

Castellanos había estado hablando con los negociantes de perlas; y no les quedó otro remedio que aceptar que éstas se habían acabado y que la riqueza de Nueva Cádiz, fundada sobre su abundancia y el martirio de los indios, estaba llegando a su fin. Venían rumores de otros lugares de esas tierras ariscas y todavía inexploradas, y se seguía murmurando que en las playas de la isla Margarita, o en las todavía más lejanas del Cabo de la Vela, las perlas estaban esperando que alguien las sacara. Pero muchos tenían sus casas en Cubagua, tanto en la ciudad de la lujuria y el desenfreno como en otros lugares de la playa; poseían negocios, tabernas, casas de juego, bares, prostíbulos donde se explotaba a esclavas indias y se vendían algunas españolas reclutadas en los puertos del otro lado del mar. Esos aventureros acaudalados, o los que estaban a caza de su oportunidad, no querían marcharse y se agarraban a la ciudad, y en un afán de saborear la vida a toda prisa como quien se bebe sin pausa y sin tomarle sabor un buen jarro de vino, pasaban los días y las semanas pegados a la playa, esperando la cosecha que ya se iba convirtiendo sólo en un espejismo.

¿A qué distancia en años, medida desde su

presente en Cubagua, quedaba su niñez en Alanís? Eran relativamente pocos, pero parecían haberse alargado como una cuerda interminable. Desde su asombro ante los repiques y los vuelos en la espadaña de la torre de Nuestra Señora de las Nieves, hasta el portón de la casa de Pedro Ruiz Barrasa, el tiempo de la memoria era tan corto como un suspiro, pero el tiempo real se hacía casi infinito. En eso iba pensando cuando la vio, y se quedó examinándola por primera vez. Y le encontró los ojos negros, grandes, iluminados; y la cara proporcionada, tal vez demasiado gruesos los labios, muy oscura la piel. Era menuda, delgada, los senos pequeños con puntas de azabache, y la tristeza grande y más sombría que la mirada. Se quedó parado frente a ella, que ni siquiera había parpadeado. Extendió su mano derecha, la misma que sabía empuñar el látigo o la espada, la que presionaba el gatillo del arcabuz, la que no le había temido a la sangre en los combates en que se había visto envuelto a lo largo de esos años de peregrinar por las islas, y aprisionó la mano de la muchacha, que ella también le había extendido como si sólo fuera un espejo que repitiera sus gestos. Echaron a andar hacia el final de la calle y se perdieron luego entre las palmeras y la maleza de la playa, la mirada de ella sumida en el fondo de los ojos de Juan, dócil y difícil a un tiempo, abierta como esa tierra imprevisible pero, también como ella, presta a cerrarse como una trampa sobre los que siempre serían intrusos e invasores.

4.

Sentado detrás de su escritorio, calentado por

una ruana y una jícara de chocolate que le había llevado Angelina, la hija de Baruola, don Juan miró la sobria portada de la primera parte de sus Elegías de Varones Ilustres de Indias, que casi por milagro se publicó en la casa de la viuda del impresor de su majestad, Alonso Gómez, hacía ya varios años. Le había dedicado el libro a su rey don Felipe II, y redactarlo le llevó el mismo tiempo que necesitó para que fuera publicado: diez años. Antes de sentarse a escribir había vivido las tierras de América, paso a paso, oyendo hablar y quejarse a sus naturales y desarrollando una serie de actividades de las que ahora sentía cierta vergüenza, avanzando sobre tumbas abiertas, cadáveres de indios, bohíos incendiados, adoratorios arrasados, azuzando a imitación de otros los perros que abrían camino a dentelladas, avasallando gentes desarmadas por el pánico y la sorpresa. Y de repente empezó a darse cuenta de que los conquistadores con quienes iba violaban las mujeres y la tierra con el mismo sinsentido del atropello, y aprendió a oír lo que los otros no escuchaban, y del deslumbramiento ante los paisajes y los seres que los habitaban pasó a sentirse parte de ellos, aprendió sus palabras especiales, intentó comprender sus razones y sus luchas; y para no seguir destruyendo el mundo nuevo procuró asimilarlo y hacerlo suyo, estudió el comportamiento de los animales y las funciones curativas de las plantas, y se situó en el lugar de los desposeídos para sentir el dolor de la depredación y del pillaje.

También recibió voces de aliento, aportes valiosos y comentarios bien intencionados como los de

Gonzalo Jiménez de Quesada, con quien se podía hablar de poesía, y los de Lorenzo Martín, que era ducho en redondillas y otras métricas tradicionales españolas y a quien no le gustaban los endecasílabos y mucho menos las octavas reales ya que las consideraba extranjeras, y le parecía que lesionaban la música de los versos de conocidos romances a los que estaba acostumbrado.

Don Juan se puso de pies, estiró el cuerpo y notó el dolor profundo en la espalda, a lo largo de la columna vertebral; también le traquearon los huesos de las caderas, las piernas y los brazos, y pensó que el hombre envejece como los árboles y que sería deseable que, como ellos, aprendiera a morir parado de cara al horizonte, y no tendido en un lecho y reducido a escombros. Tomó de la estantería una copia de la segunda parte de sus Elegías, terminada en 1585, seis años después de la primera. La hojeó un rato y luego la dejó y abrió al azar el tercer tomo, acabado tres años después del segundo, ya en el año de 1588, y encontró las estrofas del Discurso del capitán Francisco Drake y lo cerró de golpe porque le pareció insufrible el dolor de Cartagena, la ciudad donde se había ordenado sacerdote a sus 32 años, y le supo la boca al vino que habían bebido él y su padrino de ordenación el deán Juan Pérez Materano en la casa del capitán Nuño de Castro, que supo atenderlos con generosidad.

Miró el más reciente de sus grandes cuadernos, el que había terminado hacía relativamente poco, recién pasada la centuria, que guardaba la cuarta parte de sus Elegías y que, siguiendo su costumbre, había dedicado a su majestad Felipe III, y pensó que todo eso

debería publicarse y decidió encargar del asunto a su sobrino Alonso de Castellanos, a quien también le recomendaría hacer las diligencias pertinentes para que se editaran al menos quinientos ejemplares del libro que había compuesto sobre la vida de San Pedro de Alcalá, una obra que enviaría al concejo y cabildo de San Nicolás del Puerto.

Volvió a sentarse y se arropó con la ruana. La vejez ¿sólo era frío? ¿Y éste sería acaso una premonición del largo encierro que esperaba al cuerpo en el fondo de la fosa? ¿Volaría el alma a las regiones celestiales? Don Juan pensaba que sí: la muerte y la resurrección eran simultáneas; se moría para lograr la vida eterna. Y si su cuerpo ya casi no respondía, emperezado y doliente, su alma estaba lista para estrenar las alas. Porque él iría, más tarde o más temprano, a disfrutar de la presencia de Dios. Las cosas que hizo mal, los atropellos cometidos, procuró borrarlos con acciones que redujeran el mal al mínimo. Había sido un hombre bueno; y tal vez lo que podría alegar en su defensa, en ese juicio individual que temían los católicos, es que procuró amar lo que Dios creó en esa tierra descomunal y sorprendente, sus ríos desbocados, sus habitantes que antes de ser invadidos vivieron en comunión con la naturaleza, sus paisajes, sus costumbres, sus leyes, la forma como habían administrado y manejado su civilización antes de que otra los sorprendiera y los dejara inútiles, dispersos y perdidos.

5.

Juan la miró, y cuando se dio cuenta de que aún

la llevaba de la mano la soltó, como si hubiera tocado la cola de una serpiente o el filo de una espada. Habían llegado hasta la costa y ante ellos estaba el mar en calma, quieto, de una tonalidad entre azul y verde que temblaba más allá de la bahía apenas con el leve rizado de las olas. La muchacha se sentó en el tronco caído de una palmera, y le hizo una señal como indicándole que se sentara junto a ella. Él vaciló, pero acabó sentándose a su lado.

Somos dos habitantes del mismo planeta, pensó Castellanos, pero jamás podremos comunicarnos. Y al mirarla con detenimiento vio que era hermosa, unas facciones que no coincidían con las de las mujeres españolas pero que tenían una armonía indudable, como - pensó Juan - una especie de poesía de la epidermis, algo que sin que pudiera explicarlo le recordó uno de los primeros amaneceres de su infancia, cuando habían ido a parar con otros chicos de cinco o seis años junto al castillo de los moros y vio encima de las murallas de su ruina la lenta aparición del sol.

Se señaló el pecho y dijo: Juan. Lo hizo dos o tres veces, repitiendo su nombre; y luego señaló un lugar entre los senos duros y pequeños de la muchacha. Repitió el gesto hasta que ella, con alguna dificultad, dijo señalándose: Juan. Entonces él rió; y ella, mirándolo con asombro, intentó una sonrisa, que le voló sobre los labios como un rápido colibrí y desapareció. Paciente, Juan realizó de nuevo la maniobra y vio en los ojos de ella una chispa de entendimiento, y ya se señaló su pecho desnudo y dijo algo así como Macopira. Juan repitió la palabra y ella asintió, ahora sí con la sonrisa alumbrándole los ojos y

la cara.

Macopira se paró y dio unos pasos hasta meterse en el agua. Se detuvo en la orilla y con una señal de su mano derecha llamó a Juan, así como poco antes lo había invitado a que se sentara en el tronco de la palmera. Del mar, Castellanos sabía de sus furias y de sus borrascas, de las tormentas que se tragaban un barco en un segundo, y por terceras personas conocía sus abismos y los tesoros que escondía, gracias a los cuales había vivido relativamente bien en Cubagua. Vio a la india que se inclinaba, tomaba agua en las manos y la esparcía como en un juego, y pensó que el mar era un monstruo terrible y que jugar con él era por lo menos un irrespeto y un peligro. Pero se acercó a la orilla y vio cómo Macopira se hundía, nadaba, se sumergía, volvía a salir con el pelo chorreado de espuma, y cómo el agua le llenaba la piel oscura de perlas fugitivas que antes de reincorporarse a las olas se le detenían en los pezones. Y entonces sintió su fuerza de hombre, su deseo, la necesidad de un cuerpo de mujer junto al suyo, y la llamó, Macopira, y le hizo señas con la mano para que regresara a la playa y ella también lo llamó al mar, y se estableció entre los dos una especie de competencia.

Cansado de no ser entendido, Juan comenzó a dirigirse hacia las calles de Nueva Cádiz. Macopira salió del agua y se acercó, corriendo, y quedó frente a él, acezando por el esfuerzo de la carrera, mirándolo, abierta, pensó de nuevo Castellanos, dispuesta, aguardándolo. Podría tomarla allí, sobre la arena; pero entonces supo que se colocaría al mismo nivel de los que él censuraba cuando violaban a las mujeres o

irrespetaban la tierra, y se marchó a paso largo hacia la ciudad que tiritaba bajo el calor intenso de la tarde.

6.

A don Juan le gustaba subir al alto de San Lázaro para ver desde allí su ciudad, esa Tunja que consideraba más suya que Alanís, mucho más cercana a sus afectos y a sus recuerdos que Sevilla o que San Nicolás del Puerto. Subía diligente y silencioso ganándole la carrera al frío, cuando todavía no lo habían agarrado por su cuenta los numerosos achaques de la vejez. Y desde allá lanzaba la mirada sobre esas calles matemáticas, las casas construidas con paredes gruesas y protegidas con tejas, el convento de San Francisco, ya terminado, y el de Santo Domingo, que estaba en construcción. Se detenía con especial deleite en la estructura de su iglesia catedral, una de las obras a las que había dedicado su vida, ya que la otra era la redacción de sus casi interminables Elegías por cuyas octavas reales cruzaban los conquistadores y los conquistados y sobre todo estaba presente, de cuerpo entero, esa tierra de América, que había terminado por ser el refugio de su cuerpo y de alguna manera el paraíso de su alma.

Se veían los solares cubiertos de verdura, y las casas principales con las arquerías y los aleros, con portalones de piedra en los cuales se destacaban frases en latín, los escudos de los propietarios o las águilas bicéfalas y las granadas que distinguían a Tunja por orden de su majestad Carlos V.

En la casa de don Juan, que era el centro cultural de Tunja, se reunían pintores como Alonso de Narváez,

Ángelo Medoro y otros; y se leían poemas, o se hablaba de Ariosto y de su Orlando Furioso, o se comentaban las audacias de La Celestina, y últimamente había llegado de España El Lazarillo de Tormes sobre cuyo posible autor deliberaron el mismo don Juan, don García Arias de Maldonado, don Jerónimo de Carvajal y fray Miguel de los Ángeles. También eran contertulios frecuentes el tallador Benjamín Carrión, Juan de Vargas y el maestro sevillano Bautista Vásquez, y desde luego don Gonzalo, el fundador, a quien todos respetaban, y en ocasiones el padre Juan de Cañada y el escribano Cabeza de Baca. Y nunca faltaba un buen tema de conversación, ni el chocolate que personalmente molía Baruola, ni las colaciones que preparaba Angelina y que, muy diligente, solía servir Gasparillo. Eran veladas amenas donde don Juan recordaba algunas de sus correrías con los dos Gonzalos, el de Quesada y el Suárez Rendón; pero era avaro en las confidencias, y todo lo que a lo largo de los años había venido llegándole de sus corresponsales a través de mensajes y cartas constituía la parte esencial de sus Elegías, pero no era tema frecuente de conversación en sus tertulias.

Esa era su Tunja, pensaba don Juan bajando del páramo con los primeros resplandores del sol de los venados. La tierra que había elegido, por la que luchó toda la vida y a la que le entregaría su única pertenencia física evidente: su cuerpo, para que con el barro se fundiera, para que en los geranios retoñara, para que fuera savia de un árbol entre cuyas ramazones no dejaran de cantar los arrendajos ni los amaneceres. Y ya caminando aprisa por las calles

desiertas, procurando que la noche no lo alcanzara por fuera de la casa de Domingo de Aguirre, recordó una parte inicial de sus Elegías, escrita cuando se sentía en paz con su Dios, su rey y su conciencia: "*Gracias al cielo doy que ya me veo/ en el pobre rincón de la morada/ que por merced de Dios y el Rey poseo/ en este Nuevo Reino de Granada*".

7.

No podía dormir. Desde los lados del puerto le llegaban las músicas, los gritos de placer, las voces de pendencia, el ruido de las armas, el tintineo de las monedas. El recuerdo de Macopira lo tenía en ascuas. ¿Por qué no le había secado los senos con la punta de la lengua? ¿Por qué no la aceptó, si estaba ofreciéndosele? ¿No era un hombre, acaso? La conquista de la tierra, ¿no aparejaba el sometimiento de la mujer?

Se paró, se colocó alguna ropa y salió de la casa, procurando no despertar a sus amigos. Pero cuando comenzaba a atravesar el patio oyó que de la alcoba de Beatriz y Pedro salían frases entrecortadas, jadeos, quejidos, y le pareció que el diablo le alborotaba el cuerpo y apresuró el paso hacia ninguna parte.

¿Qué buscaba? ¿Sumergirse en la noche enloquecida y febril de esa ciudad edificada sobre la sangre de los indios, el oro robado de las tumbas, los castellanos y los doblones con que traficaban los conquistadores? Quiso meterse a uno de los burdeles que abundaban en las cercanías de los muelles, comprar una mujer por un par de horas y saciar en ella esa necesidad de hembra que le congestionaba la

entrepierna, pero sintió un anticipado cansancio, un desgano absoluto. Y entonces se marchó hacia la playa y se restregó los ojos, incrédulo, porque acababa de ver a la muchacha sentada en el mismo tronco de la palmera en donde por la tarde había estado con ella.

Podía ser una alucinación, se dijo, o un fantasma. Pero ella alzó los ojos y lo miró; y la sonrisa, ya franca y alegre, cambió en un momento el paisaje de su rostro donde antes estuvo pintada la desolación.

No se dijeron nada, pero se entendieron. Juan reunió algunos maderos secos y ella unas hojas de palmera, malezas, juncos, la cáscara espesa de los cocos. Él logró encender el fuego luego de algunos intentos fallidos; la débil llama de naranja fue apoderándose de los troncos, trepando por ellos como una extraña madreselva o una serpiente de calor y de lumbre. Pronto la hoguera fue un círculo rojizo, tal la mirada de un ojo inmenso que parpadeaba sobre la arena. A su resplandor se veían los juegos de las olas en la costa, y los juegos de las miradas en las pupilas oscuras de Macopira. Juan estiró la mano derecha hacia el cuerpo de la muchacha, y sintió el calor de su piel y simultáneamente el temblor que la recorrió, el mismo que invade el cuerpo de un animal agazapado cuando siente la proximidad del peligro. Tal vez no eran, como lo había pensado, dos habitantes de planetas distintos sino seres parecidos y complementarios, aunque no lo supieran. Por cosas ajenas a ellos ocupaban disímiles espacios, y se hallaban en esferas de tiempo que no eran convergentes sino diversas. Pero cuando la mano de Macopira se encontró con la suya supo que entre una y

otra piel había un espacio para las caricias, porque éstas tenían un lenguaje universal donde podían silenciarse transitoriamente las palabras. Eran dos asteroides que aunque giraban en órbitas contrarias terminaron buscándose por una especie de ley de gravedad que los aproximaba no en razón de sus similitudes sino a causa de sus diferencias. Eran quizá como la proa y la playa, la vela y el viento, el trueno y el rayo. En su viaje desde las orillas del Guadalquivir hasta las playas de San Juan Bautista de Puerto Rico, Castellanos que acodado en la borda pensaba en la familia que seguiría viviendo en Alanís, recibió de súbito el abrazo de una ola que lo empapó con furor de cataclismo y que estuvo a punto de arrojarlo del barco; y fue algo parecido lo que sintió cuando lo rodearon los brazos de Macopira, y le llenó la boca, igual que entonces, un sabor salado de eternidad y abismo. Ella se abrió como las olas, estremecida y tibia, desconocida y presentida, ausente en los hondos arcanos de su raza y presente por la fuerza telúrica del deseo. Y Juan la aceptó como había empezado a aceptar esa tierra inabarcable y apasionante, esas montañas que tocaban el cielo y esa selva que todavía no habían recorrido sino los pasos de los jaguares y los silbidos de los pájaros.

Y cuando sus cuerpos se separaron, y sus labios dejaron de estar unidos en la palabra tácita del beso, oyeron muy a distancia, como proveniente de ese terreno desconocido donde nacen las pesadillas, el bramido de la bestia que se alistaba para la destrucción.

Capítulo 3

"Brama la tierra con mortal gemido"

1.

Si siembra la barbarie el que conquista
cosechará la ira del vencido;
y es cosa que conturba y que contrista
oír del derrotado el alarido
porque fiera será, que al otro embista
con tremendo dolor, despavorido,
sordo a las preces y a los gestos ciego
tal como un vendaval de furia y fuego.

El odio es una siembra de candela
que solamente dejará ceniza,
y traza la violencia una honda estela
en donde la barbarie se eterniza.
Quien ante la maldad no se conduela
hasta su propia ruina irá con prisa,
y el que alza desafíos al eterno
sólo construirá su propio infierno.

2.

El desorden había sido en don Juan un asunto de juventud. Porque desde que decidió cambiar el rumbo de su vida, era ordenado en todo: sus gastos, la ubicación de los objetos personales y de los elementos

del culto, la forma minuciosa como vigilaba el avance de la construcción de su iglesia, la distribución de los escasos ingresos de la mayordomía y, desde luego, en el trabajo de clasificar las cartas, testimonios, denuncias y relatos que constituían el cimiento sobre el que había ido levantando sus Elegías. Por eso recordó, asomado al barandal del segundo piso de esa casa que le había dejado su amigo Domingo, una de las primeras procesiones realizadas en Tunja con motivo de la fiesta del Corpus Christi, tres años después de que empezó a ejercer como beneficiado, cargo que le fue confirmado por Real Cédula del 15 de junio de 1568.

El sistema y desarrollo de la procesión no lo decidió él solo, sino que metieron su baza el escribano Juan Ruiz Cabeza de Baca, el corregidor Hernando Suárez de Villalobos, el capitán Francisco Salguero, su amigo y fundador de la comunidad de las clarisas a las que después, por diferentes circunstancias, estaría tan unido; también se hicieron presentes en la reunión preparatoria dos alcaldes ordinarios y dos regidores porque se trataba de un asunto espinoso, y respecto al cual nadie quería ceder un ápice: el orden en que debían desfilar los pendones y estandartes de las cofradías. Y así, lo recuerda ahora don Juan con una sonrisa con la que se burla un poco de las vanidades del mundo, de las cuales ya casi se siente desligado, se estableció que primero saldría el pendón y estandarte del Santísimo Sacramento, detrás del cual desfilaría el de la Santa Veracruz, el de Nuestra Señora de la Concepción, el de Nuestra Señora del Rosario y luego el de Santo Domingo; y en orden riguroso, para evitar rencillas y malos entendidos, el pendón e insignia de

los Armeros Herreros, el de los Sastres y Calceteros, el de los Albañiles y Carpinteros cuya patrona era Santa Lucía, el de los Zapateros y Chapineros con su patrono San Crispín, el de los Arrieros con un cuadro de Nuestra Señora cuando iba camino de Egipto, el de los Naturales de la provincia de Tunja con su defensora, Nuestra Señora de las Nieves, el de los indios de esa comarca y por último el de los Anaconas del Perú.

De todos modos, meditaba don Juan mientras estiraba las manos tratando de agarrar un gajo amarillento del pálido sol de la tarde, la procesión había sido un éxito. Y esa devoción de todos los fieles le dio esperanzas de que en breve tiempo podría cambiar esa iglesia de varas y techo de paja, propicia a los incendios y propensa a las inundaciones, por un verdadero templo en donde Dios se sintiera cómodo y complacido con la adoración de esos viejos y nuevos católicos para quienes quizás tenía reservado un sitio de preferencia en el paraíso.

3.

El horror que lo había sacado a empellones de las ruinas de Cubagua, lo empujó a deambular por islas y sitios poco habitados, ya fuera porque los nativos habían huido en legítima defensa de su vida, o porque los invasores habían acabado por exterminarlos. Trinidad, Cumaná, Coro, Paria, Maracapana y la laguna de Tocarigua, fueron sitios de paso. Lo mismo la isla Margarita, o las estribaciones de la Sierra Nevada o finalmente el enigmático desierto de la Guajira y el Cabo de la Vela, hasta donde fue a detener su carrera porque se había encontrado un nuevo filón

de perlas, y los que lograron salvarse de la destrucción buscaban un sitio para reincidir en sus desafueros, sus bacanales y sus pecados contra Dios y contra la naturaleza, agravios que motivaron las iras del mar y de la tierra que con un sacudimiento y un manotazo les mostraron la rabia y la magnitud de su poder incontrolable.

Entre sus muchos centenares de papeles, don Juan tenía una especie de mapa personal de su tierra de América, en el que había intentado marcar y reconstruir su itinerario. En el comienzo de la hoja estaba la costa española, Palos, Sevilla, la larga y accidentada línea del Guadalquivir, los perfiles de la Sierra Morena y, a un lado de sus estribaciones, Alanís y los primeros años de su infancia; luego seguía un espacio extenso, el de ese mar que habían creído interminable, que se suponía llegaba hasta los confines del mundo y después tal vez se esparcía por el vacío en una cascada que engendraba cataclismos y estrellas. Y aparecían algunas manchas entre las cuales estaban Fernandina, la Española, Cubagua y también otros lugares y costas diferentes, no se sabía si de más islas dispersas o de una tierra firme, un continente anclado en el lugar donde, según la mayoría de las creencias, debía derramarse el mar sobre el espacio. Y ahora, poco a poco, había ido añadiendo lugares como el Valle de Upar a donde había ido con la expedición del capitán Francisco Salguero, o Tamalameque en cuyos procesos de fundación colaboró y discutió de poesía con Lorenzo Martín. Había trazado una línea vacilante hacia el sur, en las proximidades de los ríos Amazonas y Orinoco, que representaba las aguas duras del

Marañón por donde se había ido Pedro de Ursúa, con quien se alistó inicialmente; Pedro, a quien había apreciado como amigo y admirado como soldado, y que vino a terminar en los brazos amorosos de Inés de Atienza antes de que lo borrara del mundo de los vivos la insania criminal del tirano Lope de Aguirre.

Y seguía en su labor de añadir nuevos sitios: La Tora, Sompallón, Malambo, el curso del Yuma, el río grande de la Magdalena, y las ciudades de sus afectos, no sólo la desaparecida Nueva Cádiz sino Cartagena, Santa Marta, Nuestra Señora de los Remedios del Río de la Hacha, y otras de las que había ido teniendo noticia, San Jorge de Cartago, Santa Ana de los Caballeros, San Sebastián del Gualí; y después Santa Fe y Tunja en el centro del mapa, identificada por un corazón porque allí estaba el suyo, empujando la vida hacia la muerte.

Y ubicó a lo largo de los años ciudades fundadas y desaparecidas, que había vuelto a tragarse la avidez de la selva o que se llevaron los incendios y el mar: Nueva Segovia, Fuerte de Navidad, Concepción de la Vega, Caparra, Isabela, Santa María la Antigua del Darién, Tudela, Nombre de Dios…

Y en otra hoja anexa al mapa, tenía los nombres de los autores con cuyos libros matizaba su arduo trabajo de trasladar a endecasílabos los hechos heroicos de sus coterráneos y la defensa que de su tierra hacían los indígenas: Gonzalo Fernández de Oviedo, fray Bartolomé de las Casas, Ariosto, y últimamente La Araucana, de Ercilla. Y la lista de algunos de sus corresponsales, empezando por Domingo de Aguirre que había venido al nuevo

mundo desde Bilbao y que se alistó con Jiménez de Quesada y luego acompañó a Céspedes y a San Martín, el encargado de llevar el diario, en la primera entrada que se hizo al territorio de los panches, y fue con Suárez Rendón uno de los fundadores de Tunja por lo cual recibió la encomienda de Tópaga; y siguiendo con Juan de Avendaño, que lo había puesto al tanto de los sucesos de la Dominicana, y Francisco Soler que le envió correspondencia desde el lago de Maracaibo, y Nuño de Arteaga quien le refrescó sus propias experiencias en la expedición por el Cabo de la Vela, y Juan de Orozco, y decenas más; y los relatos que logró oírle esporádicamente a Orellana antes de la destrucción de Cubagua acerca de su terrible viaje por el mundo fascinante de las amazonas. Ahí estaban ellos y muchos otros, porque entre los conquistadores había cundido la noticia de que el vicario de la parroquia de Santiago, en Tunja, estaba empeñado en relatar sus hazañas y en rescatarlas para la historia, y ellos no querían que se perdieran en esa especie de desmemoria que marca el auge y la caída de los héroes y de los imperios.

4.

Tiempo atrás –no mucho, porque Tunja era una ciudad relativamente joven; por la época en que se habían situado las evocaciones del beneficiado apenas tenía más de veinte años de fundada– había sido una casa, construida quizás de afán para servir de morada transitoria a uno de los numerosos encomenderos. ¿Al de Chivatá? O tal vez al de Cómbita, al de Samacá, al de Oicatá, Boyacá, Bonza, Turga, Susa, Mongua,

Motavita. No se trataba de la de Icabuco, la del fundador, porque él tenía en Tunja buena residencia, muy vecina a la iglesia de Santiago que empezaba su camino para convertirse en catedral.

Pero volviendo a la casa, don Juan recordaba cómo había ido deteriorándose; tal vez las tapias no fueron lo suficientemente gruesas, o descuidaron sus cimientos; pero lo cierto es que empezó a torcerse, y al mirarla de frente parecía una persona a la que se le estuviera cayendo un hombro. Luego le nacieron yerbajos en las tejas, los ventarrones de agosto se llevaron puertas y ventanas, desapareció la cal de las paredes, y finalmente el pequeño solar acabó lleno de una maleza invasiva y espinosa que se metió a lo que habían sido la sala y las alcobas, y la ruina siguió derrumbando la casa, hoy una parte del alero, mañana una de las paredes que limitaban con la soledad.

Don Juan, sentado en su mecedora bajo las ramas amigables del brevo, pensaba que eso le sucedía a las personas; es más: que estaba ocurriéndole ahora mismo, cuando de la edificación que había evocado ya no quedaban ni rastrojos. La sensación del envejecimiento era terrible, se transformaba en una especie de carcoma que destruía los troncos más erguidos, iba reduciendo a nada los robles más esbeltos. La casa había acabado por morirse, y un parecido proceso de desintegración y de vuelta a la tierra les sucedía a algunos árboles, aunque a ellos el tiempo tardaba un poco más en destruirlos.

Él, pensaba don Juan con un escalofrío que no era sólo de la piel sino de lo que solía llamar los entresijos del espíritu, ¿se estaba carcomiendo como un

árbol solo, o se iba diluyendo en la nada y en el silencio como la casa del encomendero? Porque los huesos le traqueaban a cada paso; ya sus sermones no tenían el fuego y la inspiración de antes, los brazos le dolían al levantarlos en el momento solemne de la elevación, había perdido la voz con que cantaba en el coro, sus dedos hinchados ya no acariciaban el vientre sonoro de la guitarra, y arrodillarse le costaba cada vez más trabajo. Ya sus manos temblaban al empuñar la pluma que siempre fue su arma predilecta para derrotar el cansancio, y la vehemencia con que defendía sus ideas se había remansado en una calma permanente, de la que sólo emergía para hundirse en el inmenso mar de sus Elegías que tenía el propósito de terminar antes de que la vida terminara con él, antes de que le sucediera como a la casa a la que el viento que bajaba aullando desde los estoraques terminó por derrumbar del todo.

Llamó a Angelina para que su juventud llenara el patio, y a Gasparillo que lo miraba con unos ojos agrandados por la mansedumbre, y a Francisco Congo que acababa de llegar de Vélez para que le diera cuenta de la marcha de sus fincas; porque a través de sus palabras creía oír no solamente el galope de los caballos que es el que marca la palpitación de los caminos, sino el balido de las ovejas, que se amontonaban como nubes en la sosegada sombra de los apriscos.

5.

Juan y Macopira se miraron sin comprender la causa del hondo grito que venía del mar. Era como el bramido de numerosos monstruos encadenados, el

rugido desafiante de muchos huracanes simultáneos. Tomados de la mano echaron a correr huyéndole a la playa, y sin que mediara una palabra se dirigieron a la colina que se alzaba a espaldas de Nueva Cádiz. Corrían sin fijarse en el suelo, perseguidos por un pánico que no lograban explicarse; el mugido crecía a sus espaldas y por un momento pensaron en el tropel de muchas bestias que, en estampida, sacudían el mundo como si estuvieran destruyéndolo. Llegaron a la base de la colina y comenzaron a subir, tropezando en medio de la prisa, acezantes, horrorizados. El miedo les daba el impulso necesario para que sus pasos fueran más largos, y en poco tiempo llegaron a la cima y cayeron sobre las piedras, rendidos, sofocados. Entonces miraron hacia el mar y no lo conocieron. No era el agua mansa de la rada por donde andaban las canoas desde las que los indios se lanzaban al fondo con una piedra atada a la cintura; no era tampoco el agua brava de las tempestades. Era una especie de pared de varios metros de altura, como si las olas se hubieran compactado en una montaña azul que emergía desde el abismo elevándose al cielo oscurecido en el que unas nubes inesperadas habían borrado la luna. Un viento huracanado silbaba entre los arbustos y se rompía contra las aristas de las rocas, y todo ese mundo apenas a medias descubierto parecía gritar, suplicar, maldecir, estremeciéndose en feroces espasmos de agonía.

La ola inmensa llegó a la playa, sobrepasando las palmeras más altas. En un tiempo tan corto como el de un relámpago desbarató el muelle, lanzó al aire embarcaciones y canoas y derribó las casas como si

estuvieran hechas con las cartas de una baraja. Se metió por las calles de Nueva Cádiz igual a una horda de gigantes guerreros sin misericordia, destrozó las viviendas de los pescadores y los ranchos de la pobrería, y con mayor ímpetu redujo a escombros los burdeles, los salones de baile, los bares donde aún se escuchaba la música de los trasnochadores, las casonas que levantó la soberbia de los aventureros, los almacenes donde se vendían géneros y licores traídos de otros puertos; el vendaval apagó las velas de sebo y destruyó los candeleros de azófar, se coló a las habitaciones enladrilladas y cubiertas con pequeñas esteras de junco, sacó por las ventanas las sillas de cuero templado y los arcones claveteados, se llevó el techo de las mansiones y arrojó al desbarajuste general bargueños y calderos, escaños y lienzos adamascados, mesas toscanas donde estaba colocado el servicio de plata, rodelas y armaduras, espadas y vihuelas.

La rabia atronadora del mar y los aullidos inclementes del viento eran tan fuertes, que no se oyó una sola voz humana, un solo grito. Desde la colina donde estaban petrificados por el terror, Juan y Macopira vieron cuerpos arrebatados al reposo o al jolgorio, convertidos en monigotes que la furia de los elementos estrellaba entre sí o contra las paredes de algunas edificaciones que todavía se sostenían en pie. Las aguas subían con el mismo impulso del comienzo y vieron cómo iban trepando por la colina, cómo sus dedos traslúcidos y múltiples se agarraban de los musgos y de las raíces de los árboles y de los filos de las piedras y amenazaban con barrerlo todo, como en ese fin del mundo de que Juan había oído hablar al

bachiller Heredia en los sermones de Sevilla, cuando fulminaba con sus amenazas a los pecadores arrojándolos al lugar del tormento. El agua subió un poco más, les mojó los pies y las rodillas lanzando hervores y espumarajos, y luego se detuvo. Y poco a poco fue descendiendo, regresó hacia el mar llevándose los muebles y los restos de las casas, sepultando centenares de muertos en el fondo donde antes habían estado las perlas, para sólo dejar atrás la destrucción y la ruina.

El viento aún gritaba desde lejos como amenazando con volver; y el mar que se lo había tragado todo se marchaba con parsimonia, como si no quisiera abandonar los restos de Nueva Cádiz, donde había sembrado en el espacio de pocos segundos la desolación y la muerte.

6.

Le gustaba hablar con su sobrino Alonso. Él, y su nieto Gabriel, eran la savia nueva de América. El primero, hijo de su hermano, representaba la España de la colonización, y era tan americano como cualquiera de los nacidos en el mundo nuevo. Y Gabriel, hijo de Pedro de Rivera de quien no quería acordarse, y de su hija Jerónima, era ya la segunda generación de ese cruce de razas, de ese mestizaje que estaba señalándole a América los caminos del porvenir. Alonso le confesaba que la lectura de la primera parte de las Elegías le había resultado difícil por la profusión de palabras desconocidas, de símbolos y símiles y personajes de la mitología y de la historia antigua que no estaban en sus conocimientos cotidianos. Y don

Juan sonreía indulgente, y pensaba que los grandes creadores casi nunca trabajan para el presente sino para el futuro, porque sus contemporáneos no quieren entenderlos y sólo les darán la razón y la gloria las generaciones venideras. Y añadía que así había ocurrido siempre, y que la siembra de un día no se cosecha al día siguiente sino que hay que esperar los procesos de nacimiento, crecimiento y maduración, que en el caso del arte pueden llevar años e inclusive centurias.

También tenía acceso Alonso a las otras partes de la obra que don Juan había ido escribiendo, laborioso y paciente, a la luz de las madrugadas que golpeaban en el amplio portalón para terminar entrando por la ventana; y a la lumbre de los atardeceres que se prolongaban sobre los cerros, sin decidirse a dejarle paso a las estrellas sobre las calles silenciosas de Tunja, sus casas encaladas, sus solares de pequeños cultivos, sus conventos, sus iglesias, sus virtudes y sus pecados; y a la vacilante claridad de las velas que se sostenían en candeleros de madera o de barro cocido, y que para disipar la oscuridad en el pequeño espacio del escritorio la amontonaban en los rincones como si la hubieran barrido con una escoba.

Y Alonso se enredaba en nombres que no le decían nada, porque aunque ya era cura no había tenido un preceptor como Miguel de Heredia y tropezaba con las declinaciones latinas, y desconocía casi por entero la mitología y los clásicos de la literatura que miraba en los estantes sin atreverse a abrirlos. Separó al azar las hojas del tomo tres y se encontró con una estrofa donde su tío se refería al español Juan

Nieto, que "no podía ser nieto de Atlante". Y don Juan tuvo que explicarle quiénes eran no sólo Atlante sino Conon Meson, Anaxímenes, Endimión y Sosigenes. Con lo cual Alonso no entendió mucho pero siguió asombrándose de los conocimientos del beneficiado, adquiridos tanto en su ya distante adolescencia como a través de la lectura que casi no abandonaba nunca, a no ser para atender las numerosas ocupaciones a que lo obligaban los cargos que ejercía, o para seguir adelante con la historia rimada del nuevo mundo.

7.

¿Y valía la pena seguir escribiendo esa historia? ¿No tendría, para hacerlo, que navegar sobre un largo río de violencia y de sangre? O en ese primer medio siglo transcurrido desde el viaje de Colón hasta el momento en que él, Juan de Castellanos, natural de Alanís, soldado al mando de su amigo Pedro de Ursúa, se quedó con los ojos agrandados de asombro y el alma estremecida mirando la ciudad de las terrazas en lo alto de la Sierra Nevada, ¿había tenido un sentido diferente a la persistencia de las masacres perpetradas contra un mundo indefenso y sorprendido?

En los varios miles de páginas que conformaban sus cuadernos, las cartas de sus compañeros de campaña, de algunos corresponsales conocidos y de otros que le escribían atraídos por la noticia de que estaba relatando la epopeya de tierra firme, ¿había algo diferente a la tortura, la crueldad y la barbarie de unos centenares de hombres que acabaron con los millones de seres que eran por derecho propio los dueños de ese inmenso territorio al que, arbitrariamente, le habían

dado el nombre de América?

Abrió al azar el tomo tres y se encontró con las estrofas en que se relata el hambre que sufren los conquistadores andando por caminos desconocidos, y cómo el peón que se empeña en abrir una sepultura para enterrar a otro acaba también muriendo sobre ella. Porque si los naturales habían sido atropellados, si se les había escamoteado su condición de seres humanos, con un cuerpo para la vida y un alma para la eternidad; si les incendiaron sus ranchos y los despojaron del oro que no era para ellos valioso en el sentido del comercio sino en cuanto les permitía hablarles a sus dioses con una voz que ellos entendieran; si les violaron sus mujeres y a sus hombres los emascularon con perros criminalmente entrenados; si saquearon esa patria en que habían crecido libres durante millares de años, y les destruyeron sus adoratorios y todos los lugares donde los seres creados y los creadores se unían en una comunión de sol y tierra, de luna y agua, de noche cerrada de estrellas y amaneceres espléndidos, también los españoles habían padecido lo suyo en unos lugares insospechados y descomunales, con fieras nunca vistas, atacados por flechas envenenadas, consternados y famélicos, sostenidos por la ambición y por la promesa no de una tierra para cultivar y para defender, sino de unos tesoros que los devolverían a sus pueblos peninsulares convertidos en ricos propietarios que jamás volverían a trabajar.

Y ahí, en esas páginas apretadas, Castellanos había vertido su temor, la magnitud de su remordimiento, y les dio voz a los descubridores, a los

piratas, a los aventureros y a los indios, y a estos les otorgó las razones que podrían haber expuesto si conocieran el idioma y el raciocinio de los invasores; y recogió costumbres, lugares, revueltas y sacrificios y combates, y fue a los ríos anárquicos y a los precipicios sin retorno, y no pudo evitar sentirse solidario con quienes amaban y respetaban esa tierra que había sido de todos y a la que acabarían dominando unos pocos que no la querían para amarla sino para explotarla. Los indios, entendía Castellanos, nunca habían tenido hambre de tierra porque la tierra eran ellos mismos, cada uno y todos, y el destrozo que los recién llegados cometían contra los árboles les dolía como si estuvieran mutilándoles los brazos y las piernas.

Don Juan se limpió los ojos humedecidos y no quiso seguir ahondando en el tema porque lo sabía interminable. Pensó que quienes ejercieron la conquista tuvieron a su disposición tres elementos que les facilitaron la terrible tarea: los caballos, los perros y la pólvora. Y que desafortunadamente no fue la cruz la que abrió un camino para construir un nuevo cielo desde una nueva tierra, sino la que sirvió de pretexto para el despojo y para la matanza.

8.

Descendieron con cuidado de la colina porque la tierra había perdido su firmeza, ya que el agua venida del abismo había lanzado sobre las rocas restos de ostras y de algas, plantas de formas y colores desconocidos, peces muertos, caracolas y trozos de madera venidos de regiones situadas al otro lado del mundo. En la mitad de la colina se detuvieron, helados

de espanto, porque con la llegada del amanecer fueron descubriendo la magnitud de la ruina: las calles de Nueva Cádiz habían sido borradas; no se salvó prácticamente ninguna de las edificaciones, y sólo una que otra pared se sostenía como para darle mayor realce a la tragedia. Del muelle y el puerto no quedaba nada. No había una sola embarcación hasta donde abarcaba la mirada. Desperdicios, trozos de muebles, lienzos, cortinas, cadáveres de bestias y personas y diversos montones informes de piedras y maderos, de puertas arrancadas de las casas, de ventanas ya ciegas para siempre, de trozos de velas que perdieron sus naves, de herramientas ahora sin destino, de armaduras vacías de los cuerpos que antes protegieron, de escarpines y calzas y jubones desgarrados, de gorgueras y faldellines de terciopelo, de sombreros muchos de los cuales conservaban las cabezas en donde habían lucido, de gualdrapas a la usanza flamenca sobre los lomos de caballos despanzurrados contra los árboles.

Juan y Macopira no tenían voz, toda la fuerza se les había concentrado en los ojos que se agrandaban de terror sin acabar de comprender lo que había pasado. Era como si la tierra hubiera querido vengarse de quienes la expoliaban y se hubiera aliado con el mar para conseguirlo. Tal vez, pensaba Juan estremecido, las profundidades se cansaron del saqueo bárbaro, y estallaron en una rabia incontrolable; quizá la tierra, o Dios que era misericordia pero también justicia, se hastiaron de los pecados de Nueva Cádiz, de sus burdeles siempre llenos, de sus tabernas y sus antros de perdición, de los adulterios y las infidelidades, de

los crímenes y las venganzas, de la despreocupación con que los que habían hecho de Cubagua un emporio de bucaneros y de vándalos organizaron la vida dándole la espalda a los mandamientos y a las ordenanzas, es decir, a la religión y a la ley.

Poco a poco de los escombros fueron saliendo algunos sobrevivientes, todavía con los ojos espantados y las palabras muertas, y formaron pequeños grupos en lo que quedaba de la playa. Porque de la ciudad que había sido orgullo y desafío, ya no quedaban sino los desperdicios sobre los que poco después empezarían a volar los gallinazos y a crecer la mala hierba de las desgracias.

Capítulo 4
"Otras estrellas ve nuestro estandarte"

1.

En la ciudad las calles se dormían
y el silencio y la noche se buscaban,
sin cesar en su afán se perseguían,
de las colinas rápidos bajaban,
al toque de oración se diluían
y tal como enemigos se atacaban,
y pájaros de bronce con su ruido
en la torre mayor buscaban nido.

Hay en la plaza fantasmal, un giro
del viento que borrando va sus huellas.
Desde lo alto de la iglesia miro
palpitantes y claras las estrellas,
y pienso en el espacio de un suspiro
que mientras más distantes son más bellas.
Y descubro, mi Dios, para adorarte
más cercano a tu pecho mi estandarte.

2.

Bartolomé de Moya quiso ayudarlo a trepar por los andamios hasta la cima del altar mayor, pero don Juan rechazó la mano tendida y subió con agilidad; y no pudo evitar que la memoria le sirviera en bandeja sus varias andanzas por la selva donde, no muchos

años antes, había dependido de su destreza y de la fuerza de sus músculos para no hundirse en los tremedales o despeñarse por las oscuras simas. Así que agarrado a una de las vigas de las que podría sostenerse el colgadizo o atarazana para guardar elementos, miró a su alrededor como evaluando los trabajos ya realizados y los muchos que faltaban por terminar; y concluyó que para el día siguiente, 29 de junio de 1574, deberían efectuarse las ceremonias previstas, porque la mayor parte de la iglesia estaba techada y ya se podría ubicar en el altar el Santísimo Sacramento. Miró abajo la ordenada ubicación de los escaños donde irían a sentarse el corregidor, los alcaldes, el alférez real, el alguacil mayor y los regidores; y alzó los ojos hacia el cielo que había venido presagiando lluvia desde las primeras horas de la madrugada. Pensó que tal vez en definitiva no llovería porque el viento venía barriendo la plaza, y un suspiro de satisfacción le llenó el pecho al comprobar los progresos de la construcción, a la que se había dedicado con la entereza que puso siempre en las empresas que acometió a lo largo de sus años que, para su fortuna, todavía no eran demasiados.

Cuando empezó a bajar de los andamios pisando tablones peligrosamente sueltos, por entre lazos y rejos que sostenían las estructuras provisionales, por vigas y maderos de diferentes formas y tamaños, sintió de nuevo la presencia abrumadora de la selva, en ese viaje temerario que realizó a lomo de su caballo acompañado únicamente por Juan Pardo, los dos tan silenciosos como si hubieran muerto y deambularan por las provincias

desconocidas del más allá.

El soldado Castellanos había estado a punto de morir ahogado cuando se metió con su cabalgadura en el río Palomino y el animal se hundió en una playa falsa, de la que difícilmente lograron salir caballo y jinete. Venían de varias escaramuzas con los indios, últimos restos de los taironas que no habían podido ser doblegados por Pedro de Ursúa; llevaban días sin comer casi nada; y el hambre y el pavor y la desesperación habían diezmado el grupo de compañeros. Castellanos, temeroso de lo que pudiera suceder en Santa Marta, porque con los naturales alborotados y en pie de guerra no había un lugar seguro; y cansado de todo, mortalmente fatigado de esa lucha que no sentía suya, de esas matanzas que le parecían condenables, de esos métodos de sometimiento que sólo engendraban más represalias, resolvió meterse a través de la selva como con el deseo escondido de que ésta acabara tragándoselo, porque ya no le encontraba sentido al empeño de quitarles su tierra a los que habían sido sus dueños desde la primera madrugada del mundo, y de matarles su religión para imponerles otra que jamás entenderían. Y se llevó a Juan Pardo, no para que lo acompañara porque lo que más necesitaba era la soledad para buscarse, sino para tener el espejo de una cara conocida donde mirar su propio miedo.

Como no había caminos, al poco rato de haber entrado en la selva se dieron cuenta de que no iban a ninguna parte. Los árboles crecían tan apretados que la luz del sol se perdió por completo, y los troncos parecían soldados inamovibles que cerraban filas para

impedirles avanzar. De un lado a otro se cruzaban enormes telarañas, y de las hojas empezaron a caer sobre ellos, en un trecho largo, unos gusanos grandes, rojizos o verdosos, que les dejaban arañazos de candela en la cara y en los brazos. Bejucos incontables colgaban de los gajos más altos, y los azotaban sin misericordia. Y a medida que la sombra se fue haciendo más espesa empezaron a surgir de todos los puntos cardinales los rugidos de los tigres, se aumentó el volumen de los chillidos de los monos, y delante de los ojos espantados de los viajeros se cruzaban nubes de murciélagos, mientras que decenas de grandes insectos les buscaban la carne y los desesperaban con el ardor de sus venenos.

El caballo de Juan Pardo estuvo a punto de hundirse en el comienzo de un pantano que no habían advertido, y con dificultad logró sacarlo del barro pegajoso y fétido. Y oyeron un ruido inconfundible y tenebroso, como de un cofre que se cierra bruscamente, y comprendieron que más allá los esperaban los caimanes, que siempre tenían la jeta abierta hasta que se les llenaba de insectos y de pájaros perdidos y la cerraban para devorarlos.

Castellanos recordaba que en otras ocasiones se habían encontrado prisioneros en la misma infinita cárcel de la selva; y reconstruyó en su imaginación los precipicios por los que habían tenido que descender agarrándose de bejucos y enredaderas, y en los que debieron amarrar los caballos y los perros y bajarlos despacio, procurando que no se despeñaran porque perder uno de esos animales era fatal para las labores de la conquista e inclusive para la simple

supervivencia. Días enteros perdidos para pasar al otro lado de un abismo, donde seguía la selva con su poder desmesurado que terminaba en otro abismo frente al que debían repetir las maniobras, y así una y otra vez, y muchas otras hasta que ya caían rendidos más allá de la fatiga, llamando a la muerte que los dejara libres del martirio.

Y ahora, los dos soldados extraviados en la inmensidad oían cómo los bramidos de las bestias desconocidas se apresuraban a rodearlos, magnificados por la oscuridad y por el solemne silencio de los árboles, un silencio al que sólo hacían más tenebroso los gritos de los araguatos, el sigiloso reptar de las serpientes entre las hojas podridas, los llamados incesantes de las bandadas de loros y pericos que parecían hojas arrancadas por un otoño imprevisto, el zumbido de los enormes zancudos y el chapotear de los caimanes entre la podredumbre del pantano.

3.

Macopira y Juan, tomados de la mano como para no perderse entre la ruina, alcanzaron a reconocer algunas de las edificaciones más ostentosas de lo que había sido Nueva Cádiz: parte de sus palacios de piedra con balcones de marfil, restos de uno de sus templos construido con roca marina, y un resplandor que nacía del sitio en donde estuvo el altar de coral; también hallaron algunos paredones de las posadas de mujeres y de las tabernas, de las fondas del muelle, de las lujosas mansiones donde los aventureros se gastaban en borracheras y en opíparos banquetes lo

que ganaban reventando indios en el laberinto de los ostiales. Trataron de ubicar la casa donde Castellanos había disfrutado la acogida generosa y fraterna de Pedro y Beatriz y encontraron apenas el portón de la entrada, y luego trozos de paredes y de muebles, ropa hecha jirones, cuerpos despedazados por la furia de los elementos como en el ejercicio de una venganza terrible. Juan, sobrecogido, vacilante, se metió al patio, buscó la alcoba donde había dormido sus soledades y sus vinos de noches anteriores, y recuperó de milagro los restos de un jubón de terciopelo azul y unos escarpines embarrados, y con ello procuró vestir la desnudez de la muchacha. Debajo de capas viscosas de lodo y de algas halló uno de sus trajes ordinarios, y en una bolsa colgada de las correas con que se sostenía las calzas encontró algunas monedas y una perla irregular, en forma de pera, que no había podido negociar con sus compradores habituales. Guardó la bolsa, miró a Macopira y la ayudó a arreglarse la extraña vestimenta, y salió con ella de la mano, luego de lanzar una última mirada sobre los escombros de la casa de Pedro Ruiz y de comprobar que, al menos a primera vista, no había cadáveres en lo poco que quedaba de las habitaciones.

Lo que encontraron por las que habían sido las calles de una de las ciudades más opulentas de las islas, era una procesión de fantasmas: restos humanos de los que ni siquiera se distinguían la edad o el sexo, pedazos de personas que arrastraban pedazos de vestidos, descalzos, otros con las ropas rasgadas o desnudos, el pelo enmarañado y en los ojos muy abiertos una sensación de naufragio y de espanto, una completa ausencia de propósitos y miradas. Entre esa turba

extraña y doliente Juan se abrió paso hacia la playa, y pudo ver que un par de barcos habían llegado a los restos del puerto y se mecían blandamente con el oleaje que, después de la furia brutal del agua, había tornado a ser sosegado y en el que, sin embargo, y como testimonio de la desgracia, flotaban arcones, baúles, escaños, bargueños, candeleros, ropas y cadáveres. Y se le aclaró un poco el alma cuando vio en la cubierta de uno de los barcos a su amigo el capitán Rodrigo Niebla, que discutía con tres o cuatro de los sobrevivientes de Nueva Cádiz a los que al fin empujó hacia el interior de la nave. Juan, sin soltar a Macopira que iba pegada a él como una autómata, trepó por la escalera y se enfrentó a Rodrigo, y se dieron un abrazo pese a las dificultades que entrañaba la mano de la muchacha agarrada con desesperación a la de Juan.

El barco estaba recogiendo algunos de los que se salvaron de la cólera del mar y de la tierra; y tenía como destino, según dijo Juan Cabello, uno de los marineros, quizá el contramaestre, la isla Margarita. Pero la demanda era muy superior a la oferta, y los cupos estaban contados y comprometidos; y si bien Niebla habría podido llevar a Juan sin cobrarle un maravedí, Cabello era por encima de todo un negociante, y sólo cuando examinó por todos lados la extraña perla que Castellanos sacó de la bolsa accedió a darles un lugar en la sentina, junto a decenas de rescatados que no tenían a dónde ir y que lo único que deseaban era huir de las costas de Cubagua donde habían nadado en la abundancia, y que ahora quedaban abandonadas para que la paciencia del tiempo comenzara la construcción del desierto.

4.

Los indios no atacaban a traición, sino que daban previo aviso de sus intenciones con gritos, tocar acompasado de tamboriles, el sonido ronco de las trompetas hechas de caracolas marinas, y una especie de cantos que se repetían en círculos concéntricos de sonido que casi se veían ir y venir entre los grandes árboles. Y detrás del canto venían las flechas, maderas delgadas de una resistencia parecida al acero, con puntas endurecidas bajo las ágiles lenguas de las llamas; y venían también las lanzas hechas de macana o de chonta con filos feroces que rasgaban y penetraban los cuerpos pese a las armaduras, adargas y rodelas; y los dardos de las cerbatanas buscaban los ojos de los caballos y de los jinetes, mientras que los golpes de las mazas hechas de grandes troncos caían sobre las fauces de los perros que, a su vez, lanzaban el mordisco directamente sobre los genitales de los indios.

El soldado Castellanos, y diez más, y doscientos más, atacaban con furia. Los jinetes tenían grandes ventajas sobre los de infantería, y las bestias arrollaban las filas de los nativos, pisoteándolos y llenándolos de tal pavor que los obligaban a huir o a buscar de una vez la muerte para no enfrentarse a esos monstruos desconocidos y brutales. Las flechas venían de todas direcciones, desde lo alto de los árboles, de la parte superior de las rocas, desde la podredumbre de los troncos que se habían ahogado en los tremedales, de los altos pastizales y desde el centro mismo de las malezas. Con las puntas untadas de extrañas pociones

preparadas con hierbas, esas flechas producían algo peor que la muerte; y al que llegaban a herir, así fuera de manera leve, lo esperaban los mayores tormentos por la reacción del veneno en la sangre, y porque las curaciones eran más dolorosas y salvajes que la herida, pues debían calentar las espadas o los puñales al rojo vivo y escarbar en la carne, entre los tejidos de los tendones y los músculos buscando cómo extraer la flecha para salvar la vida, cosa que no siempre conseguían.

El ruido era ensordecedor, relinchaban los caballos, ladraban los perros con espantosa algarabía, gritaban los indios y los españoles se animaban unos a otros, silbaban las flechas con ruido de serpientes agazapadas en la espesura, bramaban los torrentes, los caimanes abrían sus fauces y las cerraban con espantable fragor de sepultura cuando caía un combatiente herido; y arriba de los árboles el ventarrón parecía azuzar a los que guerreaban, espoleaba la ira insana y asesina y ampliaba el alboroto de los monos y de los pájaros que después de cada combate bajaban para devorar los ojos de los muertos.

Castellanos, mal cubierto por una rodela, esgrimía su espada defendiéndose de las acometidas enemigas. Veía caer a su alrededor cabezas de indios, brazos que no alcanzaron a llevar una lanza hasta su destino final, manos que se agarrotaron sobre el arco cuando el corazón que las animaba fue detenido en su carrera hacia la muerte o hacia la victoria; y creía sentir en su sexo el filo de los dientes de esos perros largamente entrenados para asesinar y descuartizar, y miraba los ijares de los caballos tintos en sangre, o

escuchaba gemir a sus compañeros sin tener la menor oportunidad de auxiliarlos porque el combate se desarrollaba a una velocidad de vértigo.

Y de pronto vio al indio, se acercaba con el brazo derecho levantado y prolongado en la potencia de su lanza que iba dirigida al centro de su pecho, sintió un dolor anticipado y supo que su cuerpo sería atravesado sin remedio y que allí, en mitad de esa selva infinita, morirían sus sueños; y en el fragmento de un instante vio a don Cristóbal y a doña Catalina bendiciéndolo cuando les dijo que su determinación era irse a las tierras de América, y sintió el abrazo del bachiller Heredia y el escándalo de los tambores y las cornetas del desfile que llenaba de cantos y colores, de pendones y banderas, de esperanzas y ambiciones las calles de Sevilla, y entonces alzó su espada con fuerza, con determinación, y lanzó un tajo terrible que detuvo por un segundo el cuerpo del indio, y que por el impulso que traía chocó contra él y lo lanzó de espaldas sobre la tierra remojada en sangre y excrementos, en hojas y en los desperdicios y vómitos que produce la guerra. Pensó que estaba muerto, que la lanza había encontrado el camino hacia el interior de su cuerpo, que el indio acabaría parándose sobre su cadáver y lanzando su grito de victoria; pero luego de sentirse completamente húmedo de orina, de sudor y de sangre se incorporó poco a poco, miró al indio y encontró en sus ojos fijos el último resplandor de la vida naufragando en el asombro tenso de la muerte, y se quedó encalambrado mirándolo y una voz interior, colosal y solemne, le dijo que acababa de matar a un hombre, que el que yacía desnudo en el suelo verdoso

del pantano, con la piel pintada de amarillo y de negro, con los ojos fijos en un lugar desconocido, ya no era una persona sino algo así como una casa deshabitada, una casa inútil de la que acababa de marcharse la vida.

El combate continuó, los indios fueron perdiendo terreno y guerreros, se apagó con desgana el bramar del viento, se callaron los ladridos insistentes de los perros, se estableció en sordina el confuso rumor de los heridos, se repitieron órdenes, se silenciaron arcabuces y luego se alzó un grito de victoria que murió pronto sobre la espalda arisca de los monos y entre las fauces nauseabundas de los caimanes. Y Juan seguía sentado junto al indio muerto, como con ganas de decirle algo, de explicarle que la guerra era una maldición que el hombre soportaba desde que perdió la inocencia a las puertas del paraíso, que él no había querido matarlo, que entendía que, al hacerlo, no sólo había cortado la delicada liana de su vida sino la relación que tenía con otras personas y otras vidas, tal vez con una mujer y unos hijos y una tribu y una región y un continente.

Entónces empezó a llover, y Castellanos supo que por su cara estaban cayendo las gotas del aguacero, pero al mismo tiempo su vergüenza y sus lágrimas.

5.

No era una casa, tal vez ni una enramada sino quizás un bohío. Lo habían construido entre los dos, con la ayuda de algunos vecinos. En el comienzo, después de que Juan Cabello y Rodrigo Niebla los dejaron en las costas de Margarita, vagaron con otros sobrevivientes sin rumbo fijo, sin ubicación precisa,

carentes hasta del sentido de la orientación, todavía muy golpeados por la tragedia. Pero el tiempo es una medicina que lo cura todo, y muchos empezaron a levantar viviendas transitorias, y otros se aliaron con los buscadores de perlas que en la isla comenzaban a recorrer el camino que los de Cubagua habían transitado por varios años. Los recién llegados tenían la experiencia; y los isleños, que proyectaban montar la riqueza de Margarita sobre las mismas bases que había tenido la prosperidad de Cubagua, pedían consejos, solicitaban aportes no en dinero sino en conocimiento; y así, los restos humanos del gran maremoto fueron incorporándose a la vida de la nueva isla, y acabaron sintiéndose en ella como si no fueran forasteros. Y Macopira y Juan, y muchos otros, levantaron pequeñas construcciones y saborearon con deleite el hecho de haber sobrevivido a una de las mayores demostraciones de la furia con que a veces puede actuar la naturaleza.

Había pescado en abundancia, se conseguían fácilmente la sal y las especias, y la playa solía amanecer, después de las mareas, llena de troncos que venían de latitudes infinitas. La comida era elemental, la vida simple. Y para Juan y su mujer existía el mejor ingrediente para saborear a plenitud cada uno de los días: el amor. Porque eso era lo que los unía, lo que los convertía en una sola voluntad, lo que no permitía que los atropellara la adversidad o les pusiera su tosco sello la desgracia.

Juan consiguió tres indios que se turnaban trabajando para él. Los cuidaba, porque en Cubagua vio a muchos reventados, y no quería perderlos. Había

ido comprendiendo, lentamente, que eran seres humanos; tan valiosos como él, y quizás, pensando en Macopira, un poco más. Porque ella era dócil, tierna, tenía el atractivo impudor de su inocencia. Iba aprendiendo palabras españolas, y con frases rotas y remendadas acabó contándole que el indio rescatado de las profundidades en las costas de Cubagua era su padre, y que él estaba aguardándola en ese reino interminable del fondo del mar en el que no había enemigos ni odios ni batallas ni amos ni esclavos, en donde los árboles hablaban caminando por la arena y los peces construían de madrugada sus nidos entre las ramazones y las algas.

Los indios se turnaban para bajar a los ostiales; y una que otra vez había suerte y el brillo de una perla iluminaba la mano abierta de Macopira que era la primera en verlas, acariciarlas como las gotas de un llanto derramado por las mujeres que vivían en el último círculo de las olas, y se las entregaba después a Juan para que no se fuera, porque algo había entendido de las conversaciones que sostenía con otros de los que habían escapado del terror de Cubagua respecto a marcharse lejos, a la Sierra Nevada, en busca del oro que se daba silvestre como una cosecha de sol entre las raíces de las ceibas.

Y cuando se prendían arriba las estrellas y se apagaban abajo las palabras, Juan y Macopira se encontraban en el camastro, en el fondo de su bohío, y se amaban, desnudos e inocentes, pecadores y limpios, elementales y definitivos. En ese tiempo de la pasión los dos estaban solos sobre el mundo, como si tuvieran la intención de empezar el poblamiento de una tierra

donde la sangre no diera cosechas de muertos sino que coloreara los caprichosos y mágicos bancos de corales que marcaban los palacios alucinantes de los arrecifes.

6.

Conversando con Gabriel, atravesó el frío punzante de la plaza mayor; miró la catedral que ya se definía como una de las más hermosas del nuevo reino, y después volvió los ojos hacia su nieto. Y, como de costumbre, buscó en su cara las huellas de Macopira, esa mujer que en su juventud había sido como un rápido vuelo de garzas de miel que se habían dirigido demasiado pronto hacia la noche. Tal vez tenía los ojos de ella, pensó, iluminados y negros. Pero la extraña simetría de ese rostro moreno que acompañó sus noches en la isla Margarita, y que después lo esperó en el Cabo de la Vela mientras él se metía a la Sierra Nevada detrás del espejismo del oro, no era visible en las facciones de Gabriel, que quizás heredaron algún detalle del rostro de Jerónima que, a su vez, había recibido la cara flaca, el pequeño mentón y los ojos andaluces que todavía lo miraban desde el espejo cuando afeitaba sus mejillas, que siempre habían tenido la piel pegada a los huesos de tal manera que, desde mucho antes de su muerte, ya conocía la forma que iba a tener su calavera.

Gabriel le daba cuenta de lo que sucedía en esa ciudad de Tunja, supuestamente mansa y quieta pero en realidad sacudida por casi todos los pecados, la avaricia de los acaudalados, la crueldad incesante de los encomenderos, los adulterios de parejas aparentemente bien avenidas, las borracheras que se

repetían todas las noches en unas casas donde vendían vinos traídos de España al lado de la fermentada bebida de los indios, que para ellos había sido ceremonial y casi sagrada pero que ahora se expendía para las embriagueces y las pendencias. Don Juan conocía su ciudad palmo a palmo, y en sus sermones llamaba a los fieles al recogimiento y a la penitencia, y procuraba dar consejos, guiar a las autoridades que la mayoría de las veces se inclinaban a favor de los que tenían el poder, el abolengo o el dinero. También sabía que se jugaba a los naipes y a los dados, y si bien las barajas le recordaban a su amigo Jiménez de Quesada, que tenía merecida fama de tahúr tanto como de erudito conocedor del romancero y ducho en coplas y redondillas, con los dados se acordaba de la forma como los centuriones romanos se jugaron las vestiduras de Cristo después de que lo izaron en la bandera de la cruz, sin saber que estaban levantando uno de los pendones más definitivos en la historia del mundo.

Se detuvieron frente a la casa de Aguirre y Gabriel admiró, como siempre que llegaba a ese refugio luego de ejecutar sus diversos oficios en los que paulatinamente iba reemplazando a su abuelo, el escudo tallado en la gran piedra colocada sobre el portón, y que estaba constituido solamente por una cruz rústica y una calavera, y la leyenda latina: "Qvi mortem nostram moriendo destrvxit et vitam resvrgento reparavit", que desde muy niño había aprendido a traducir como "El que muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando nos dio la vida".

Don Juan le preguntó por su hermana María de

la Paz, y Gabriel sólo pudo decirle que iba camino del cielo desde el convento de las clarisas, y que la recordaba tal como la había visto por última vez la mañana en que profesó y se consagró para siempre al silencio y a la adoración. Y don Juan volvió a contarle cómo había sido amigo y compañero de batallas de Francisco Salguero, con quien anduvieron por el Valle de Upar, antes de que el capitán resolviera establecerse en Tunja y fundar, junto con su mujer Juana Macías, el convento de Santa Clara la Real.

Y añadía don Juan que un destino parecido habría querido para su sobrina María, la hija de su hermano Francisco, quien vivía en San Nicolás del Puerto, tierra del arzobispado de Sevilla. Y como siempre, al mencionar esa ciudad tan ligada a los años más luminosos de su adolescencia, cuando iba de un asombro a una sorpresa descubriendo la vida, le salió a flote lo andaluz, y empezó a tararear una de las canciones que se oían a las orillas del Guadalquivir, ese río turbulento y milagroso y tan entrañablemente suyo como su propia sangre, y por el que en un constante viaje a la aventura navegaban barcos mercantes como enormes palacios, carracas que venían desde Portugal, veleros y fragatas con toda la parafernalia de su artillería, galeazas donde los contrabandistas solían camuflar sus alijos, y carabelas en las que se embarcaban los que habían salido de la Casa de Contratación de Sevilla para beberse de un sorbo la distancia que los separaba de la otra mitad del mundo.

Capítulo 5
"Que no será ya canto sino llanto"

1.

La oscuridad prolonga su desvelo
pese a los cantos de la madrugada;
y al levantar las manos, está el cielo
tan cerca, que se siente la mirada
de todas las estrellas, cuyo vuelo
se diluye en la luz recién brotada
que como en avanzadas y en ataques
baja desde los altos estoraques.

En el huerto despiertan las esquivas
corolas del jazmín; y su fragancia
-la lumbre de sus lámparas votivas-
acerca al corazón, de la distancia,
hondos balidos y palabras vivas
con que en su poderosa resonancia
desde el aprisco y con los recentales
inauguran el alba los zagales.

2.

¿Estaba en Alanís? Balaban las ovejas, cantaban los pájaros y sacudían el viento las campanas. ¿Tenía tal vez ocho años? La voz que se escuchaba sin palabras precisas, apenas como un murmullo o un canto apagado, ¿era la de doña Catalina que empezaba alegrando las mañanas? La ronca tos del hacha en los pinares de la colina, ¿indicaba acaso que don Cristóbal

estaba preparando la leña para los días tiritantes del invierno? Los cencerros y los ladridos que habían entrado en su cuarto al mismo tiempo que la luz, ¿eran los de esa Andalucía que siempre lo acompañaba como un paisaje pintado por Dios en los lienzos de su alma?

Don Juan despertó, estiró las piernas y los brazos que le dolían por el cansancio del viaje pero que todavía no habían empezado a martirizarlo con la fatiga incurable de la vejez, y descendió de la cama. Descalzo fue hasta la ventana y abrió uno de los postigos y por él entró la luz que había venido amontonándose desde la madrugada en la plaza enorme; miró las colinas que ya se veían con ese tono inconfundible, violeta, ocre, lila, y supo que estaba en la Villa de Nuestra Señora de Leiva.

Regresó al lecho para comenzar a vestirse y se sentó mientras acababan de alejarse las brumas del sueño. Sí, había llegado la tarde anterior acompañado por Pedro Gutiérrez, que realizó algunos trabajos en la interminable obra de la catedral de Tunja para que, como albañil experto, revisara los edificios de teja y tapia que estaba levantando detrás de los locales construidos en tres solares que daban a la gran plaza, con sus portales de arcos en cantería, y le dijera si todo iba bien, si los negros que hacían el trabajo material no se habían desviado del proyecto inicial.

Se recostó un momento en el lecho y cerró los ojos porque las hilachas del sueño no habían acabado de ser barridas por el viento que seguía metiéndose por la ventana; y oyó otra vez el balar tembloroso de las ovejas que tal vez sólo deambulaban por los apriscos de su mente, y por un rato difícil de medir en los relojes

como el que había fabricado Sebastián Díaz para colocarlo en la casa del Cabildo, se creyó en su hacienda de Vélez, ese pueblo fundado por Martín Galeano en 1539, y le llegó el mugido de las reses en los corrales, y el relincho de los caballos y los gritos de Francisco Congo, que manejaba todo y que periódicamente debía rendirle cuentas minuciosas de lo que producían tanto la tierra como los animales.

Sólo vino a despertar por completo cuando Beatriz, una esclava criolla a la que pensaba concederle un día la libertad, golpeó en la puerta para anunciarle el desayuno. Y entonces se vistió de prisa, abrió por completo la ventana y como de costumbre se asombró ante la belleza de los flamboyanes que crecían sobre las tapias de la villa, y tuvo como en un relámpago la certeza del poder de Dios porque había transformado en colinas y pedregales y campos de olivos ese sitio del mundo que millones de años antes fue solamente un mar habitado por animales desconocidos, pero que todavía no estrenaba la desolación de los naufragios.

3.

La cara del indio, de ordinario impasible, mostraba asombro y miedo. Castellanos llamó a Macopira, que cuidaba la hoguera donde se asaban unos pescados cerca del bohío, y ella habló brevemente con el que acababa de salir del mar, y que tenía los hombros decorados con algas y hojas de los árboles que sólo crecían en esos bosques ahogados; y luego, en su español todavía imperfecto, sincopado, difícil, le explicó a su hombre que los ostiales habían desaparecido; y que pese a que el indio anduvo

arrastrando la piedra, no encontró ni rastro de lo que meses antes parecía interminable. Y ese fue el principio del fin de lo que para la isla Margarita podría llamarse la época dorada, el tiempo de la abundancia, el beneficio de una cosecha que nadie había sembrado. Ya Juan había escuchado rumores al respecto, ya muchos de los aventureros aventados hacia esas nuevas playas por el desastre de Cubagua habían tomado otros caminos, ya en ese pueblo improvisado de bohíos de varas y palmas quedaba poca gente. Con insistencia se mencionaban otras costas y otros bancos de ostras ya en lo que posiblemente era tierra firme, y se barajaba el nombre del Cabo de la Vela, así llamado porque visto a lo lejos semejaba la vela de un barco detenido en la distancia y en el tiempo. Y también se hablaba de la Sierra Nevada que se alzaba más allá de Santa Marta, después del territorio de los zenúes, en los dominios de los taironas, donde abundaba el oro y al mismo tiempo llovían las flechas con que los nativos defendían su lugar, en el que se murmuraba que escondían uno de los mayores secretos del nuevo mundo.

Castellanos porfió con el indio para que bajara de nuevo, y gracias a la intervención de Macopira consiguió que otro de los cinco que había logrado reclutar para su provecho se amarrara a la cintura la gran piedra, subiera con él y su mujer a la canoa y se lanzara al agua cuando ya estuvieron bastante lejos de la costa, ubicándose a fuerza de remos en un lugar donde el oleaje era sosegado. Cayó la piedra llevando consigo al indio, y esperaron. Juan solía medir el tiempo que empleaba en rezar mentalmente siete

padrenuestros; y después, ayudado por otros dos nativos, fue halando la cuerda hasta que lograron rescatar al que estaba casi asfixiado, ya en los límites de la agonía. Juan le permitió un rato de recuperación, y luego el que venía de abajo le explicó a Macopira que no quedaba una sola ostra, que los barrancos y los árboles de coral y las hendiduras de los arrecifes estaban vacías, y que aunque logró moverse por un buen trecho, ya en el fondo no se encontraba nada.

Castellanos miró en torno suyo y vio pocas canoas, y aceptó que el mar de Margarita estaba exhausto. A una orden suya los indios remaron hasta la playa; y allí le pidió a Macopira que les dijera que podían irse, buscar su propio rumbo, regresar a sus tribus, retomar la vida. Pero ya ellos no tenían un lugar sobre la tierra ni un sitio en los abismos del mar, no poseían ni familia ni tribu, carecían del pasado que les habían borrado con saña, y al no saber qué hacer con su presente desconocían la existencia de un futuro. Se quedaron los cinco sentados en la arena, las manos inútiles, los pasos perdidos, la mirada vuelta sobre sí misma, sólos y vencidos, despojados de lo que tal vez –pensó Castellanos– había sido su patria, olvidados de los que quizás –pensó de nuevo– habían sido sus dioses.

Juan y Macopira se metieron al bohío, comieron sin apetito los peces que ella había preparado en la hoguera, se miraron en silencio y salieron otra vez a la costa cuando ya se habían instalado arriba todas las estrellas. No quedaba nadie en los alrededores, no se veía una sola canoa en el mar que adquiría una transparencia y una quietud de vidrio y apenas

caminaba el viento entre las palmeras, o tal vez andaban las palmeras a través del viento. Se miraron, se acercaron, se quitaron las pocas prendas que tenían y se amaron sobre la arena, de cara al horizonte interminable, amparados por el palio de un cielo donde los meteoritos trazaban líneas de chispas transitorias, y donde los luceros se apretujaban de tal forma que acababan pareciendo uno solo, la pupila de un ser desconocido en la que cabía toda la lumbre y también toda la tristeza del mundo.

Cuando después de repetir el amor hasta la fatiga les llegaron los primeros resplandores del alba, se metieron al mar como abrazándolo y al mismo tiempo pidiéndole su bendición, porque pensaron que debían marcharse para siempre de las playas de esa isla, donde sus cuerpos habían aprendido a hablar con el lenguaje sin fronteras de la pasión.

4.

Lo primero que hizo don Juan después de ordenar su vida, es decir, luego de que lo confirmaron como beneficiado de Tunja, fue empezar a clasificar los materiales que tenía recogidos a lo largo de varios años: relatos de soldados y capitanes, sus propias experiencias, las meditaciones que habían surgido de las extensas conversaciones con Jiménez de Quesada, sus contiendas verbales con Lorenzo Martín, sus experiencias como batallador en compañía, entre muchos otros, de Salguero y Ursúa, los apuntes al vuelo realizados sobre los vocablos utilizados por los indios para designar animales y plantas, sus remordimientos y sus premoniciones. Con todo eso

quería contar la América porque estaba seguro de que él la veía con unos ojos diferentes a las miradas con que la contemplaban los conquistadores para quienes sólo existían el oro, las esmeraldas y las perlas; quería meterse en la piel de los indios y sentir lo que ellos sin duda habían sentido al ver saqueadas las tumbas de sus ancestros y destruidos sus adoratorios, incendiadas sus aldeas y arrasadas sus sementeras; deseaba entender ese mundo totalmente nuevo que Colón se había encontrado de repente, y contarle al mundo viejo todo lo sorprendente y extraño que se amontonaba en esas selvas inabarcables, en esas montañas a las que sólo podían subir los vuelos de los cóndores, en esos ríos que jamás se habían ceñido a las normas de un cauce preciso, en esas bestias nunca vistas que acechaban en la maraña y en los tremedales donde se pudría el agua; quería dejar un testimonio de su admiración y de su asombro, un reconocimiento de las hazañas de sus coterráneos y al mismo tiempo de las razones que asistían a los naturales para defender lo que por siglos había sido solamente suyo.

En ese empeño reconocía la influencia de los escritos de Fernández de Oviedo, a quien de alguna forma consideraba su maestro; y lo sacudían los memoriales del padre Las Casas, que circulaban de una manera clandestina porque las denuncias que contenían no eran del agrado de las autoridades españolas. Y fue así como dividió cartas y testimonios y apuntes y reflexiones en legajos; y ya en la paz de Tunja, una ciudad fundada para la meditación, el estudio y la poesía, empezó a poner en sus propias palabras ese mundo de hechos, sentimientos y

emociones, todo ese vasto universo donde el odio, la codicia, y también el sacrificio y la esperanza estallaban al tiempo, transidos por el mismo horror y el mismo arcano y desconcertante poder de destrucción y de aniquilamiento.

No supo cómo la prosa se le fue convirtiendo en verso. Tal vez en un momento determinado dos frases que tenían el mismo número de sílabas coincidieron en una consonancia, y recordó los romances que recitaba don Gonzalo descansando de los mandobles y las estocadas o abandonando por un momento las barajas sobre la mesa; y también vinieron a su mente las estrofas que improvisaba Lorenzo mientras definían el trazado de las calles de Tamalameque, y tenían los ojos alertas para escapar de las flechas que los indios les lanzaban desde la espesura. Pero resistió la tentación de versificar, y empezó a enviar cartas que en su mayoría nunca llegaron a su destino, averiguando hechos, nombres, combates, fundaciones. Y mientras tanto conoció las octavas reales en que don Alonso de Ercilla había redactado la primera parte de su poema sobre los araucanos, ensayó unas octavas propias y le parecieron bien logradas, y notó la enorme diferencia entre la prosa escueta y simplemente informativa, y la poesía que era el lenguaje del alma, en la que podía poner todos sus escondidos pensamientos, y gracias a la cual un trozo del campo no era un lugar geográfico sino un paisaje.

Luego de que algunas personas a las que apreciaba conocieron el comienzo de su trabajo, ya no abandonó el verso para contar y cantar esa América que sentía tan suya como su Andalucía natal. Y las

opiniones de los dominicos Alberto Pedrero y Pedro Verdugo, y de sus amigos Cipriano Fernández de Cea, Cristóbal de León y Sebastián García, entre muchos otros, le dieron la certeza de que iba por buen camino, y la esperanza de que los cantos con que honraba la tierra que pisaba y en la que había determinado morir, dieran la medida de su admiración por los que estaban participando en esa gesta en que el heroísmo y la barbarie iban de la mano buscando, entre los dos, el juicio inevitable de la historia.

5.

Miró el pequeño grupo que trabajaba en las orillas de uno de los múltiples arroyos que bajaban saltando emparamados desde los hielos altos de la Sierra, y pensó que no estaba haciendo nada diferente a lo mismo que vivía censurando en los otros advenedizos: procurar enriquecerse a costa del trabajo ajeno. Eran sólo tres indios; pero así como en Cubagua y en Margarita y en el Cabo de la Vela sin duda sus exigencias habían contribuido a que a muchos de ellos se les reventaran los pulmones entre las arboledas petrificadas de los arrecifes, también ahora estaba matándolos lentamente, obligándolos a una labor ardua y hasta el momento inútil, buscando pepitas de oro entre las arenas del río, escarbando bajo las raíces de esos árboles que trepando en el aire emparamado parecían no tener fin, o empezando a abrirle cuevas a la montaña que los miraba impasible desde su inmensidad aterradora. También los acompañaban dos negros que le había comprado a un mercader de esclavos en Margarita con tres de las últimas perlas.

Los miró callado durante un rato, los vio intentando comunicarse con gestos y medias palabras, y lo inquietó pensar que en un espacio tan pequeño estaban reunidos tres mundos tan distintos: el suyo, nimbado por la soberbia de lo que consideraba sus conocimientos, orgulloso de sus conquistas, de su idioma y de su religión; el de los indios que habían permanecido fieles a la tierra y al cielo que eran sus dos únicas pertenencias; y el de los negros que fueron arrancados a esas aldeas desconocidas del continente africano, diezmado por los cazadores de hombres que luego amontonaban a sus presas en las sentinas malolientes de sus barcos para venderlos por arrobas de carne en las ciudades costeras de las islas y de tierra firme. Tres mundos cuando solamente existía un planeta al que todos tenían el mismo derecho como lo sostenía fray Bartolomé, que por razón de sus prédicas y de la defensa de los dueños de América estaba ganándose la animadversión del rey y de los poderes que representaba tanto en este como en el otro lado de la vida.

¿Tenía sentido ese esfuerzo, que sólo daba como resultado unas astillas de oro? Pensó en los años vividos de isla en isla, de un lado para otro haciendo pequeños negocios que, en definitiva, apenas le habían permitido vivir a las carreras, sin lograr una fortuna apreciable como la que habían conseguido otros de los que llegaron con él desde las costas españolas. ¿Qué le quedaba de todo eso? La noche anterior había estado hablando del tema con Ursúa, un muchacho apenas, que vino desde sus tierras de Arizcún y que parecía haber nacido para el ejercicio permanente de la guerra.

En las inmensas selvas, cuyos límites quizá nunca podrían establecer, era difícil al comienzo que los caminos de los aventureros peninsulares se cruzaran; pero ahora eran tantos los que seguían llegando atraídos por la posibilidad de una riqueza fácil, que encontrarse de repente con un compatriota no era extraño. Ursúa comandaba una tropa grande y estaba empeñado en someter al señor de los taironas, el amo de esa Sierra que se alzaba en las orillas del mar y que tenía picachos de hielo y laderas de una vegetación imponente donde se habían dado cita todas las tonalidades imaginables del verde, y por cuyos flancos bajaban decenas de ríos para empujar las olas que se perdían en el horizonte. Los taironas, una raza fiera que defendía su Sierra palmo a palmo, habían causado estragos entre los españoles que trataron de edificar avanzadas en algunos sitios del Valle de Upar. Por eso la intención de Ursúa era someterlos, y evitar el peligro de sus emboscadas para los conquistadores metidos en los ríos y en los socavones detrás del oro.

Como la tropa era numerosa, no habían tenido miedo de prender algunas hogueras. A su lumbre, Castellanos y Ursúa hablaron durante horas, y la cercanía los llevó a la intimidad. Juan le confió que tenía una mujer cuyo padre había muerto en los ostiales de Cubagua; y hablando de ella se dio cuenta de algo que ni siquiera había pasado por su imaginación: que la amaba. Su relación con Macopira no fue la violación y el atropello sino que - incluso sin palabras - se produjo mediante la comprensión y la ternura. Mirando el fuego que se apoderaba de los leños acarreados por los soldados de Ursúa, Juan

pensaba en esa mujer que le había dado su cuerpo, con temor al comienzo, y después con lo que él llamaba la furia de un impudor inocente; había aprendido algunas de sus palabras, las suficientes para consentirla, y ella le repetía vocablos españoles que en sus labios inexpertos para el idioma y para los besos sonaban como músicas todavía no estrenadas; había logrado interpretar lo que gritaban sus miradas, agazapadas con miedo detrás de las pestañas; y en esos ojos almendrados y oscuros encontró de repente, una madrugada, todas las estrellas que durante milenios anduvieron perdidas por el cielo del trópico.

Ursúa también le contó de una mujer india que olía a selvas y a inmensidad, y con la que tenía placenteros encuentros sexuales; le dijo que estaba esperándolo en su casa del litoral, y que a ella volvería aunque su relación era más de piel que de espíritu, porque su único amor evidente era la guerra.

Y antes de que la madrugada llegara bajando a golpes de luz desde los picachos de hielo, oyeron los gritos y los tambores y el rugido de las caracolas con que los indios les avisaban que iban a lanzar un ataque contra ellos, con el deseo –pensó el soldado Castellanos – de expulsarlos para siempre de su territorio.

6.

Juan nunca había sentido hambre, verdadera hambre. Cuando vivía en sus tierras de Alanís, doña Catalina se preocupaba por que comiera lo suficiente; lo veía pequeño, delgado, y pensaba que ese muchacho podría enfermarse en cualquier momento: no le auguraba largos años, ya que su constitución era débil;

y porque, además, casi siempre parecía en otra parte. Y cuando don Cristóbal le pedía que le aclarara ese asunto, ella simplemente decía que a Juan se le iban los ojos y que quedaba en blanco, como si ya no estuviera donde estaba. Poco entendía de esto su esposo, que veía crecer normalmente a Alonso y a Francisco. Tal vez por eso optaron por mandar a Juan a Sevilla donde no sólo estudió latín, oratoria, preceptiva, doctrina cristiana y gramática sino que leyó los clásicos, se acercó a las fuentes de la mitología y, sobre todo, aprendió a soñar.

Pero hambre no recordaba haber sentido, pensó, mientras miraba hervir en el caldero las extrañas raíces que poco antes Juan Díaz había recolectado en la espesura, y a las que llamaba yucas boniatas. Entre muchos otros estaban reunidos cerca del fuego Benavides y Mendoza, y Juan los miró con detenimiento y los vio consumidos, la piel de la cara pegada a los huesos, las manos temblorosas, los brazos esqueléticos, los ojos dilatados y sin brillo como luciérnagas moribundas encima de las grandes ojeras; y supo que él debía de tener la misma cara que los otros porque durante días los habían perseguido el hambre y los mosquitos. Y recordó que una semana atrás, cuando empezaron a sentirse perdidos en la inmensidad de la selva, habían comido partes de un caballo al que después de la mordedura de una serpiente no pudieron rescatar de un tremedal; y que muchos de los que acudieron voraces a dar buena cuenta del animal asado estuvieron vomitando toda la noche, y ya tres de ellos habían muerto. Y veía, como en una pesadilla tenebrosa, cómo siguieron buscando en esa soledad

imponente poblada de orugas, zancudos y caimanes algo qué comer, un pájaro, un venado perdido, iguanas, salamandras, cualquier animal, pero no encontraron ninguno. Y en los ojos afiebrados y enloquecidos de sus compañeros, Juan vio como un relámpago maldito la tentación de no desperdiciar los muertos e inclusive de sacrificar algunos de los vivos, y estremecido de terror y de angustia los sacudió, los empujó para que siguieran avanzando por un camino inexistente, buscando no sabían qué.

Luego arrancaron cogollos de los árboles y los masticaban, y así creían aplacar el hambre y la sed, pero varios se fueron quedando dormidos para siempre. Y don Juan recordó mientras las raíces daban vueltas en el fondo del caldero, cocinándose en el agua sucia de los pantanos y sin el recurso de la sal, que Juan Duarte, al que todos querían porque era gracioso y en medio de los mayores padecimientos era capaz de contar un gracejo o cantar una copla, se había comido un sapo que se inflaba junto a las raíces de una ceiba descomunal; y después empezó a hablar locuras, a pelear con enemigos inexistentes, y ahí lo llevaban a la zaga de la tropa, loco por completo, afortunado tal vez porque en su demencia no veía la realidad tan espantosa a la que estaban enfrentados.

El día anterior habían puesto a cocinar hasta las sillas de montar y las suelas de los zapatos; y buscaron lagartos, roedores y güíos pero no lograron alcanzarlos; y se espiaban, los ojos ya cruzados por los relámpagos rojos de la demencia, y echaban de menos a los caballos ya que el último había sido el tragado a medias por el tremedal, y a los perros que se fueron

muriendo en las batallas cuando los indios aprendieron a defenderse de ellos y a ensartarlos en sus lanzas de macana.

Anduvieron a cuatro patas sobre las hojas podridas buscando grillos o saltamontes, chicharras, hormigas, orugas, lo que fuera; y como sólo encontraron las yucas se las pelearon a manotadas, quemándose en el agua hirviente, y a los más afortunados les tocó una porción, y los otros gruñeron como animales agonizantes.

Y un poco más tarde, Juan Díaz, que había sido de los más diligentes en conseguir las yucas, empezó a vomitar, a dar grandes alaridos, a saltar y arrastrarse por el suelo tal como venía haciéndolo desde días antes Juan Duarte; y otros terminaron como él, los ojos saltados de las órbitas, sacudidos por convulsiones, arrojando una baba espesa y maloliente por boca y nariz, hasta que los dos que Castellanos conocía por los apellidos de Mendoza y Benavides, y otros tres o cuatro que no podía identificar, agonizaron y quedaron de cara al barro de la selva, mientras que Juan Díaz yacía extendido en cruz junto al pantano, los ojos muy abiertos y metido en ellos el sombrío techo del arbolado, donde los troncos enormes y el tejido de los bejucos y las lianas los habían privado para siempre de la posibilidad de ver de nuevo el cielo.

Capítulo 6

"Y nuevo cielo ve nuestra bandera"

1.

Cuando se acerca el tiempo de la muerte
es placentero saborear la vida;
y al final del sendero ya se advierte
la patria largamente prometida
donde hallará nuestra materia inerte
el bálsamo que cura toda herida,
y puede el alma levantar el vuelo
e inaugurar así su propio cielo.

Si en el camino se han sembrado rosas
tendrá aromas y espinas el camino,
porque todos los seres y las cosas
trazan la realidad de su destino
y sólo somos ánforas ansiosas
donde Dios vierte parte de su vino,
y el llanto y la alegría se confunden
y en un único néctar se refunden.

2.

Caían las flechas como una granizada. Las paredes vegetales del cañón en que se desarrollaba la batalla multiplicaban en ecos los gritos de los españoles, el ronco sonido de las caracolas, los extraños cantos de los indios, el ladrido de los pocos perros que habían logrado sobrevivir a batallas anteriores, el aullido de los heridos. Ursúa y sus soldados se

enfrentaban con centenares de taironas fieles al señor de la Sierra, y que habían sido reforzados a última hora con los guerreros que venían de los poblados del Valle de Upar.

Al bando de los conquistadores se unieron los buscadores de oro que andaban con sus pequeñas cuadrillas por los múltiples ríos que bajaban de las nieves perpetuas, y que veían amenazado su trabajo porque los taironas querían echarlos de sus dominios. Los esclavos negros y los esclavos indios de otras tribus que habían estado abriendo los túneles se mimetizaron en la espesura; muchos huyeron y otros esperaban el resultado del combate, ya fuera para marcharse sin rumbo definido o para retornar a los trabajos a los que los obligaba su condición de semovientes que obedecían las órdenes de un dueño.

Entre los soldados de la conquista estaba Castellanos, metido en todo el centro de la cruenta confrontación, esquivando como podía las flechas que se multiplicaban y que apenas lograba espantar con los restos de la rodela; o sacándole el quite a las lanzas que le buscaban el cuerpo, empujadas por los brazos a los que a su vez impulsaba la rabia; o atacando con la espada, parando golpes, lanzando estocadas y mandobles, gritando a veces para darse valor, embrujado por la violenta magia del combate. Estaba lleno de sangre, y no tenía tiempo de pensar si era suya o de los que caían heridos a su lado. Los arcabuces y las ballestas habían quedado inutilizados porque la batalla se libraba cuerpo a cuerpo. Los que llevaban armaduras se metían con mayor temeridad entre las filas de los guerreros indios, decorados con pectorales,

narigueras, diademas y collares de oro, empenachados con plumas de diversos colores, pintados con tinturas rojas, amarillas y negras. No había tiempo para la reflexión, sólo vivían los momentos de la defensa y el ataque. Ursúa iba a caballo como una centella, y Castellanos alcanzaba a verlo rodeado de combatientes desnudos, brillante en su armadura que poco a poco se opacó de sangre; otros jinetes lo acompañaban y fueron abriendo una brecha entre los taironas, que no sabían retroceder, y que morían por decenas sin dar tregua en la furia de la pelea. No tenían derecho a sentir el cansancio y de una manera casi mecánica atacaban, detenían los golpes, avanzaban, se protegían detrás de los árboles o las rocas pero luego tornaban al enfrentamiento que parecía no tener fin.

La rodela de Castellanos había sido destrozada por las lanzas de los que defendían la Sierra, y tuvo que limpiarse los ojos con un manotazo de furia porque la sangre que lo bañaba no le permitía distinguir lo que estaba ocurriendo. Sintió un dolor agudo en el pecho y pensó con alivio que empezaba a llegarle el descanso definitivo de la muerte. Cerrar los ojos, pensó; caer extendido en el camino, sentir que sobre su pecho pasaban los pies descalzos de los indios, los cascos de los caballos, el aire tibio de la selva, experimentar la embriaguez causada por el hedor de la sangre suavizado por el olor que bajaba desde los grandes árboles de la mano con las últimas luces de la tarde.

Pero no podía rendirse, era preciso cumplir con el deber de soldado aunque muchas veces pusiera en duda la justicia de su causa, y se inclinara a favor de los que estaban protegiendo aquello que era suyo, la tierra,

el viento, el agua, las sementeras, las minas, los paisajes. Él, y todos los que peleaban a su lado, eran intrusos invadiendo un territorio que no les pertenecía, atropellando unas costumbres establecidas, robando el oro y las esmeraldas y las perlas que para los nacidos en ese suelo sólo tenían el valor de oraciones con las que se encomendaban a sus dioses. Notó que iba acometiéndolo una especie de delirio, alzó la espada no para atacar sino para que de una vez por todas lo mataran, vio sucesivos torbellinos de caballos y perros y soldados y plumas y adornos de oro y pieles rotas y sangre, mucha sangre, y cayó junto a un árbol, y pensó que estaba muerto y que desde ese otro lado de la vida oía los gritos de victoria y después escuchaba el silencio.

Cuando, tiempo más tarde Luis de Manjarrés, uno de los soldados de Ursúa, se acercó al lugar donde continuaba con una especie de ataque de catalepsia, supo que habían derrotado a los nativos; pero eso era solamente una escaramuza, porque la Sierra era ilimitada y seguía escondiendo sus secretos y protegiendo a sus habitantes. Manjarrés lo ayudó a incorporarse, y los dos se lavaron en uno de los arroyos que bajaban brincando desde la cima; y Castellanos entendió, con miedo y con una abrumadora tristeza, que la sangre que lo manchaba no era suya, sino que pertenecía a los que quizás había herido su espada, a esos seres extraños que nadie se preocupaba por comprender, y contra los que no se sabía quién había dictado una orden general de exterminio.

Antes de que la noche los alcanzara siguieron subiendo por la Sierra interminable, en un esfuerzo por

llegar hasta los picachos de hielo en los que el último sol de la tarde ardía frenético dándoles la apariencia de castillos de oro. Las bajas entre los conquistadores habían sido muy pocas; y acosados por el hambre, que era una de sus constantes compañeras, destazaron algunos perros y caballos que habían perecido bajo las flechas o las lanzas y los devoraron en silencio, con los ojos bajos, avergonzados como si estuvieran cometiendo un sacrilegio. Y no faltaron los que terminaron vomitando, alejados de sus compañeros y de la lumbre delatora de las fogatas, y uno que otro lloró con rabia sorda esa victoria insignificante que no los dejaba salir de su condición de usurpadores de una tierra que, para quienes vivían en armonía con ella, era pródiga en alimentos y tesoros.

El soldado Castellanos veló el sueño de sus compañeros, porque una extraña fatiga tiznada de culpa y de remordimientos no le permitió cerrar los ojos. Y antes del alba, desconociendo la prudencia más elemental, empezó a subir hacia las últimas cuestas sin mirar a los lados, con la esperanza de que una flecha le diera en el pecho y le abriera la jaula de la vida para que el corazón volara hacia las arboledas de la muerte. Pero no había nadie, todo estaba desierto y quieto como si el mundo continuara sin estrenar. Y así encontró un camino cuidadosamente construido, de piedras pequeñas e iguales que formaban unas escaleras de armoniosa precisión, y subió por ellas hasta que de repente llegó a un enorme claro entre la selva y se quedó frenado, los ojos agrandados por la incredulidad ante la majestuosa imponencia de la ciudad de piedra.

Los muros estaban levantados con bloques gigantescos ajustados de tal forma que entre uno y otro no pasaban ni el viento ni la luz. Las casas eran circulares y techadas con paja, palmas y otros materiales, y se veían por docenas en sucesivas terrazas que constituían como plazoletas ceremoniales, patios de recreo, lugares de reunión o sitios para las determinaciones colectivas y las plegarias. El agua corría por canales muy bien delineados, con la inclinación precisa para que nunca inundaran los terrenos superiores sino que fueran cayendo, matemáticamente, a los lugares inferiores, donde crecían flores ornamentales y muchas hierbas extrañas, que tenían olores especiales y tal vez destinaciones específicas. Entre una y otra plazoleta había numerosas escaleras levantadas con una absoluta y elegante firmeza y el conjunto era sobrecogedor, impresionante. Castellanos se situó en lo que parecía ser la plaza mayor de la ciudad a cuyos costados se levantaban enormes construcciones pétreas como observatorios ideados para acercarse al cielo; y poco a poco fue girando el cuerpo, detallándolo todo, dominado por una especie de éxtasis místico, de rotunda admiración, de infinito respeto por quienes habían construido esa ciudad trazada con una inquietante sabiduría, extendida en gráciles terrazas por la selva que, en esas inalcanzables alturas, se había abierto ante el empuje del esfuerzo de esa raza para dejar el testimonio imperecedero de su poder y del acatamiento hacia la naturaleza, porque la ciudad estaba incorporada a ella, era tan natural como los árboles, tan limpia como el agua, tan esplendente como

la madrugada.

Juan abrió los brazos en cruz, extasiado. Se arrodilló en el centro de la plaza y alzando los ojos hacia el cielo que se veía diáfano y de un azul insondable, le dio gracias a su Dios por haberle permitido contemplar un milagro tan impactante como esa ciudad maravillosa.

3.

Enfocó los ojos sobre el cuadro, y lo sorprendió la intensidad y firmeza de los colores: parecía acabado de pintar. Y recordó las tertulias de las que su casa siempre había sido la razón y el centro, y las discusiones en que se enredaban Ángelo Medoro y Alonso de Narváez, su paisano andaluz, y los que con ellos estudiaban pintura, alrededor de lo que consideraban clásico y de las figuras atrevidas con que empezaban a decorar techos y paredes de la casa del escribano don Juan de Vargas y Matajudíos, en cuya desaforada y caprichosa selección se veían los consejos y las imaginaciones y hasta las pesadillas del beneficiado.

Hizo memoria del cuadro que seguía contemplando, y volvió a ver el entusiasmo con que había empezado a pintarlo su amigo de Narváez, y cómo la Virgen con el Niño ocupó el centro de la tela y le quedó un buen espacio a cada lado. Y aconsejado por los interesados y también por su propia inspiración, el pintor andaluz colocó a la derecha la imagen de San Antonio, ya que el cuadro obedecía a un encargo de don Antonio de Santana, un jefe español que vivía en el pueblo de Sutamarchán; y a la izquierda

a San Andrés, patrono del hermano Andrés Ladraque, dominico, que había sido uno de los promotores de la idea.

El cuadro, que pudo ver cuando todavía no era beneficiado sino simple cura de Tunja, cargo para el cual había sido nombrado por el ilustrísimo fray Juan de los Barrios, debía tener ahora más de veinte años de haber sido pintado; porque en sus recuerdos, que solían ser muy precisos por el constante ejercicio a que se sometía evocando los hechos de la conquista y del poblamiento de los primeros españoles en América, ubicaba la elaboración de la obra hacia 1563. Y el mismo señor Santana contó, con evidente tristeza, que la pintura inicial se había ido deteriorando a lo largo de más de quince años hasta que ya no quedaba nada, y que por eso la retiró del altar de una capilla que tenía en su pueblo y que, por ser de techo pajizo, estaba llena de goteras.

Pero entonces ¿de dónde los colores, y el esplendor del cuadro? ¿Quién lo había retocado?

Y se dedicó, junto con los otros dos miembros del tribunal elegido por fray Luis Zapata de Cárdenas, los curas Juan de Cañada y Juan Rodríguez Adalid, a repasar y estudiar las declaraciones de María Ramos, que había recogido la tela descolorida e inservible, y de los indígenas Isabel y su hijo Miguel, y de la misma esposa de don Antonio, Juana de Santana, que presenciaron el resurgimiento de los óleos y el extraño resplandor que salía del cuadro mientras se cumplía el proceso de su renovación. Y como no habían intervenido ni manos ni intenciones humanas en ese revivir portentoso de las imágenes, su fallo fue

unánime en el sentido de que no existía una explicación racional, que el resurgimiento de la Virgen con el Niño y los dos santos que la acompañaban tenía origen divino, y que estaban en presencia de un milagro.

Por eso, y gracias al fallo de los tres sacerdotes que fue acogido por el arzobispo Zapata, se estableció la devoción a la Virgen de Chiquinquirá; y el cuadro, durante la terrible epidemia de viruela que azotó a Tunja en 1588, fue trasladado a la ciudad y depositado temporalmente en una capilla en el alto de San Lázaro, y luego paseado por las calles de Tunja, que así se vio libre de la enfermedad que antes de la llegada de la Virgen había diezmado a la población.

Tal vez, pensó don Juan con los ojos todavía fijos en el cuadro, cuya claridad y belleza lo sobrecogieron siempre a través de varios años, él habría necesitado un milagro semejante para no perder lo que más amaba, en la destrucción a que los indígenas enfurecidos sometieron a todo lo que los aventureros españoles construyeron en las costas del Cabo de la Vela.

Porque poco antes de su último viaje a la Sierra detrás de la locura del oro, había ido de visita con Macopira a la casa del capitán Luis Villanueva, con quien desde su llegada al nuevo mundo cultivó una amistad especial. Recordó que se conocieron en una taberna de San Juan Bautista de Puerto Rico, en la cual Castellanos expuso su vida por defender a su paisano al que querían hacer víctima de una estafa; y desde entonces hubo entre ellos esa cálida correspondencia que en la mayoría de las veces no necesita de la presencia ni de las palabras frecuentes del amigo, sino

del convencimiento de que se ha convertido en un espejo para nuestras acciones y muchas veces hasta para nuestros pensamientos.

Villanueva también se había enamorado de una india, una princesa de Borinquen, decía; y ya tenían dos hijos, uno de siete años y otro de cuatro, que eran su orgullo y su adoración. Así que Macopira y la mujer de Luis se acercaron con desconfianza al principio, y luego ya con la certeza de empezar una amistad tan clara y limpia como la que unía a Juan y a Luis.

Esa tarde se tomaron unos vinos, asaron un cabrito y unos de los peces que abundan en Manaure, y hablaron: Juan de su viaje a la Sierra donde en la profundidad de los socavones no encontró ni rastros del oro, y Luis de su necesidad de hacer pie en esas tierras del Cabo de la Vela, de quedarse quieto, de construir un hogar estable para su mujer y sus hijos; estaba cansado de las andanzas detrás de capitanes movidos por la ambición, había sudado sangre acompañando a Pedro de Heredia en los rancheos por las llanuras sinuanas, y pensaba que ya estaba bien de violencia y de muerte, y que sería necesario no depender del oro y de las perlas, que eran elementos perecederos y transitorios, sino que se podría ir pensando en sembrar esas tierras y en cosechar no huesos y narigueras en las tumbas sino cereales y frutas, tanto de las traídas de España como de las que el nuevo mundo producía a raudales.

Ya cerca de la noche Juan y Macopira se marcharon hacia su rancho. Juan partiría a la mañana siguiente buscando en los ásperos caminos de la Sierra las pepitas de oro que redondeaban las manos del agua

en los calores del verano, y por eso les pidió a Luis y a su mujer que cuidaran de Macopira, que ya estaba adelantada en el embarazo.

Y cuando Juan regresó, meses después, luego de la sorpresa que lo deslumbró en la plazoleta de la ciudad de los taironas, encontró arrasadas por completo las viviendas del Cabo de la Vela, y nunca pudo saber la suerte del capitán Villanueva, ni de Macopira, ni de ese niño mestizo que iba creciéndole en el vientre, engendrado por su pasión en el surco propicio de esa mujer, imagen de una tierra en la que solamente el futuro podría realizar una siembra de fertilidad y de esperanza.

4.

Todos estuvieron de acuerdo: tanto el vicario y beneficiado de Tunja, don Juan de Castellanos, como el cura de la iglesia, Juan de Cañada, el sacristán, padre Diego Vaca y los integrantes del Cabildo, empezando por el procurador Diego de Paredes Calderón, y siguiendo con los alcaldes y regidores, las señoras agrupadas en distintas asociaciones piadosas y las cofradías de los hombres que ejecutaban diferentes oficios. Y por eso ese 6 de agosto se prepararon para celebrar un aniversario de la fundación de la ciudad. Lo primero que hicieron fue mandar fabricar un pendón de damasco carmesí con su flecadura de oro y seda que representaba la transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo, y otro con el escudo de la ciudad con el águila bicéfala y las granadas de oro que hacía rato Carlos V había dispuesto para Tunja, pendón que debería llevar una persona ilustre por todos sus títulos.

Y luego -ya don Juan, mientras repasaba con el tallador Benjamín Carrión y el maestro Bautista Vásquez los trabajos de la catedral, visualizaba la celebración-, vendría una procesión tan solemne como la del Corpus Christi, y todos los estamentos de Tunja saldrían a las calles a celebrar el nuevo aniversario, no con fiestas profanas, desde luego, sino encomendándole la ciudad y sus habitantes al cuidado de Dios y de quienes formaban con él la corte celestial.

Y cuando iba, ya en la procesión real bajo el solemne palio, Castellanos no pudo amarrar los recuerdos y se vio asomado a las puertas de la catedral de Sevilla bajo el brazo protector de Heredia, su maestro, contemplando uno de los desfiles que se organizaban con frecuencia cuando partían los navegantes con destino a las tierras hacía pocos años descubiertas por el almirante genovés y sus tres carabelas. Los sacó del recogimiento de las clases de latín el ruido atronador de los tambores; y Juan, con la curiosidad de su adolescencia, había salido disparado hacia las puertas de la gran iglesia y ahora miraba con su preceptor el comienzo de la formación, encabezada por más de una docena de músicos que, a más de los bombos y platillos, hacían sonar gaitas y chirimías, trompetas y timbales. Los seguían algunos curas con estandartes y crucifijos, y luego en hileras de a seis marchaban los soldados con las banderas desplegadas, entre las cuales el estudiante Castellanos distinguió la del emperador, blanca, roja y azul, la cruz de Borgoña y otras que no pudo identificar.

Iban luego los que manejaban los perros, convenientemente embozalados y contenidos por

cadenas para evitar accidentes. Y después los jinetes, de a cuatro en fondo; y los que llevaban terciados los arcabuces, los que conducían las ballestas, los rodeleros, los que ostentaban corazas, yelmos y cotas de acero, los que soportaban el calor sudando entre complicadas armaduras, y finalmente los acompañantes de la expedición, maestros de herrería, sastres, zapateros, carpinteros; y algunos animales que llevaban para las hambres del camino y también para intentar aclimatarlos en las tierras bárbaras. Y curiosos, desocupados, locos, mendigos, juglares con vihuelas, mujeres reclutadas en los burdeles a las que llamaban las mulas del diablo, albañiles y prófugos, estos convencidos de que la justicia no los alcanzaría en esas distancias sin medida del mar tenebroso.

Juan se le perdió al bachiller Heredia y se metió entre el gentío, fue hasta las callejuelas de la barriada de Santa Cruz, deambuló por los vericuetos del efervescente barrio de Triana, y acompañó a los viajeros que se fueron en numerosos botes hasta el puerto de Sanlúcar de Barrameda para embarcarse hacia lo desconocido; y al otro día, con buen tiempo, los vio alejarse en bergantines y otras embarcaciones que abrían las alas de sus velas como albatros enormes, y se quedó en el muelle hasta que se perdieron en la curva del horizonte camino de esas tierras con las que soñaba y a las que quizás un día podría viajar, siguiendo el camino que esos aventureros trazaban sobre los espejos intranquilos del agua.

Y don Juan espantaba los alborotos del pasado para regresar a Tunja, su ciudad del alma, tan amada –lo pensaba siempre– como esa lejana de Alanís donde

había jugado a soñar y donde de alguna forma, bajo la amorosa tutela de sus padres, en la compañía de sus amigos, sus cigüeñas y sus paisajes, empezó a caminar por el sendero que lo había llevado hasta este seis de agosto y esta procesión solemne, que recorría las calles frías y límpidas de Tunja. Y volvió a sentir cómo amaba esa tierra hallada por Colón, y como un relámpago cruzó por su mente la figura de su hija Jerónima, y de sus nietos, y vio que sus manos no habían sembrado el oro ni las esmeraldas pero sí las oraciones y las caricias, y sobre todo las palabras con las que había ido designando los hechos y las cosas y los seres de esa América que, gracias a su observación y a su perspicacia, tenían nombre propio y existían en el cambiante y tornadizo universo de la historia.

5.

El árbol bajo el cual habían armado las toldas parecía florecerse de cocuyos. El campamento por momentos se iluminaba y luego desaparecía entre las tinieblas, y en esas pausas de oscuridad a la que acompañaba el silencio de los hombres se oía la pujante respiración de la selva en los rugidos de las bestias agazapadas esperando a su presa, en el acompasado caminar de las hormigas que al multiplicarse por millones daban la sensación de un regimiento de soldados invisibles, en el crujido de los altos gajos que se abrazaban transmitiéndose noticias del avance de los invasores, del miedo que no los abandonaba, de las consejas pronunciadas a media voz, del sonido de las llamas que cocinaban una parca ración de raíces sin sal ni condimentos. Los destinados para hacer la guardia

se ubicaron en sitios estratégicos y utilizaron una manta para taparse el miedo, y los ojos se les agrandaron tratando de perforar la oscuridad para adivinar los enemigos que podían estar observándolos en silencio, llenando de veneno la punta de sus flechas y aguzando el filo de las lanzas. Y unos pocos se metieron bajo las toldas buscando inútilmente el descanso, porque el sueño huía y si en ocasiones lograban atraparlo estaba matizado de terror y de angustia.

Castellanos se arrastró hacia el interior de la carpa; estaba mortalmente cansado porque habían recorrido varias leguas desde el amanecer, vadeado ríos turbulentos, bajado a los abismos para subir luego a las cumbres del otro lado de esas troneras que la naturaleza abría entre las montañas, de esos cañones que eran como tajos de un hacha gigante en los troncos desmesurados de las cordilleras, arrastrándose por el filo de los precipicios, peleando paso a paso con el barro maloliente de los pantanos que parecía succionarlos, fijándolos en las fronteras del caimán y en los dominios de la anaconda, esas serpientes interminables, gruesas como los troncos de las palmeras y tan peligrosas como toda esa tierra que nunca acabarían de conocer.

Cayó extenuado sobre las hojas, y ni siquiera pudo acomodar su cuerpo para que disfrutara del descanso. Entró con pasos de borracho en una especie de duermevela, se convirtió en viento y trepó por las ramas del árbol encendido arrancando las hojas de luz de las luciérnagas, acompañó la danza oscura y lúgubre de los murciélagos, se le erizó el pelo como las

púas de las orugas venenosas, y ya no tuvo cuerpo ni piel ni pensamientos propios sino que fue sólo una conciencia múltiple, como un ojo enfocado en todas direcciones, o el único espectador de un desfile espantoso.

Venían tal vez de la primera madrugada del mundo, cuando quienes lo crearon aún no terminaban de construir las cosas. Eran los indios, nacidos de la tierra, hermanos de los árboles, primos del jabalí y de la tortuga, parientes del maíz y de la coca, habitantes de los bohíos y de los poporos. Y vio a Amanatey, más veloz que los ciervos, tan rápido que sus pies sobre el suelo de la selva trazaban caminos de candela. Y a Utayaney que llevaba al cuello, como símbolo de su fiereza, una cola de tigre. Y luego lo sobrecogió el pánico cuando sintió la asfixia que debieron experimentar los trescientos indios que Belalcázar enterró vivos en Riobamba, y oyó los ladridos de los centenares de perros que Gonzalo Pizarro alimentaba arrojándoles decenas de indios para que los devoraran todos los días, y oyó los pasos criminales de Pedro de Alvarado que apoyado por sus hombres entró como una tromba en el patio ceremonial de Toxcalli, para cortar a golpes de espada las manos de centenares de indios que tocaban sus tambores coloridos, y exterminar la mayor parte de los grandes señores aztecas, y vio a Diamaná que luchaba contra los invasores con golpes contundentes de su gran mazo de macana, y a Pamacoa, que tenía tal puntería con las flechas que en las noches apuntaba hacia la luz vacilante de las antorchas para herir las manos que las sostenían, y vio saltar a Baucunar, pintado de bija

colorada, con un caricurí de oro colgado de la nariz, mientras lanzaba sus arengas para que los suyos lo siguieran y echaran de esas tierras al que había venido a quitárselas.

Le llegaron unos pocos nombres que resumían años de invasión y crueldad. Y evocó a Pedro de Heredia y sus rancheos que destrozaron el país de los zenúes, y vio su tropa abriendo la tierra de las llanuras sinuanas para buscar entre las raíces de los árboles gigantes las sepulturas de sus ancestros para quitarles la posibilidad de la paz a los vivos y a los muertos, y lo recordó saqueando el templo monumental donde encontraron veinticuatro figuras gigantescas labradas en madera y recubiertas por completo con láminas de oro, cada estatua con una diadema de otro macizo. Y a Alonso Luis de Lugo al que en la corte española recibieron con honores pese a que había ensangrentado todo el ámbito inmenso del nuevo reino matando y mutilando y violando tierras y hombres y mujeres. Y a Hernán Pérez de Quesada, torturador y asesino de los últimos soberanos muiscas, los descendientes de Nemequene, Nomparen, Quemuenchatocha, Tisquesusa, Saquexazipa, Sapiga y otros, que fueron cayendo bajo su saña de verdugo porque no le revelaban el lugar donde supuestamente habían escondido el metal dorado de las devociones, y que al final de esa historia de genocidios fue alcanzado por la cólera del rayo y reducido a un montón de ceniza. Y otra vez a Belalcázar que torturó y causó la muerte de Rumiñahui, general de los incas, y que mató a su amigo el mariscal Jorge Robledo sometiéndolo al garrote vil a manos de un esclavo mientras ahorcaba a sus capitanes

Rodríguez de Souza y Baltasar de Ledesma. Y al contrahecho Diego de Almagro que se recordará por siglos como uno de los más desalmados protagonistas de la historia, y a Ambrosio Alfinger que engordó los tigres que lo seguían en la selva alimentándolos con los centenares de indios que iba asesinando, y a Hernán Cortés que arrasó con cuatro centenares de seguidores todo el inmenso y claro país de los aztecas, una de las mayores culturas del mundo cuya grandeza sólo empezaba a conocerse en fragmentos alucinantes y sobrecogedores. Y vio a los 167 hombres de Francisco Pizarro en la orgía de sangre de Cajamarca cuando mataron a siete mil de los nobles de la corte de Atahualpa que estaban indefensos y preparados para un banquete, y siguió con el mismo Pizarro hasta la batalla de Añaquito donde mató al virrey Blasco Núñez de Vela. Y se apretó los ojos con las manos abiertas para no ver proyectada en el recuerdo la figura de su amigo Pedro de Ursúa que hizo asesinar a todos los caciques de los muzos que habían acudido a su llamado ataviados para una festividad y sólo recibieron las puñaladas de la traición, y luego lo encontró de nuevo cuando envenenó a los esclavos que vinieron a su lado desde los palenques porque los convidó para una celebración que fue una trampa. Y miró a Pedro de Bichacao engañando al alcalde mayor de Castilla de Oro, Pedro de Casaos, y tomándose la ciudad durante cuatro meses de violaciones y borracheras. Y renegó de su condición de ser humano para no resultar semejante de Gonzalo Pizarro, que violó con sevicia a Curi Ocllo, la hermana y esposa de Manco Inca Yupanqui, y que luego la hizo azotar

salvajemente hasta matarla.

Consciente a medias de lo que sucedía en ese sueño, Castellanos quiso incorporarse, salir del refugio, confundirse con la noche, acercarse a los indios y entenderlos, pero se le atravesó la sombra del obispo Martín de Calatayud, que mediante cohechos se hacía el de la vista gorda para que los pescadores de perlas continuaran reventando a los indios aun en los momentos en que estaba prohibido utilizarlos, y escupió sobre las huellas del capuchino Vicente de Valverde porque había sido capaz de bendecir a los 167 soldados que asesinaron a los siete mil invitados de Cajamarca, y sintió un hosco y visceral rechazo hacia los obispos Diego de Landa, y Zumárraga, que destruyeron los códices y toda la irrecuperable sabiduría de los mayas y de los aztecas, y experimentó una repulsión definitiva hacia el obispo Pedro La Gasca que luego de hablar de dientes para afuera a favor de los indios utilizó a cuatrocientos de ellos como bestias de carga para transportar los tesoros que les había robado y que llevaba como obsequio para colocarlos ante el trono español, y sintió sobre sus lomos el peso de comerciantes, conquistadores, clérigos, funcionarios, que no se untaban los pies con el barro de América y preferían usar las espuelas sobre la carne indefensa de los indios.

¿Llovía? ¿O era tal vez el gotear de la sangre de millones de hombres muertos en los años terribles del atropello? ¿Era el llanto incontenible de la naturaleza violada, eran los gemidos de los que habían sido sacados de sus tumbas con las picas de la ambición y del despojo, eran las voces de todos aquellos a quienes

les cortaron la garganta para desconocerles la palabra? Lo cierto es que pasaron a su lado Tocama, el señor de Mazaguapo, y Cambayo, el cacique de los Mahates, y Barutaima el invencible, y detrás de ellos Diego de Martínez pasando por las armas a más de quinientos guerreros muzos que defendían los socavones donde la mirada verde de las rocas se maduraba esperando el final del tiempo, y pasó Jerónimo de Aguayo martirizando al cacique guane Chianchión que cometió el grave crimen de defender a los suyos.

Y los invasores se peleaban unos con otros, se traicionaban, uno era robado por otro que a su vez perdía el botín a manos de un tercero, y Belalcázar traicionaba a Robledo, y Francisco Núñez Pedrozo asesinaba a Francisco Pizarro, y Pedrarias Dávila tramaba la muerte de Balboa, y Luis de Lugo despojaba de sus bienes a Suárez Rendón y se aprestaba para asesinarlo, y por encima de todos ellos Lope de Aguirre masacraba a su cómplice Salduendo y a Pedro de Ursúa y a la bella mestiza Inés de Atienza, vestía de rey a Fernando de Guzmán sólo para despojarlo de sus atribuciones y ponerle un manto de sangre, mataba a Ana de Rojas y a su familia y a muchos más, incendiaba y destruía, y degollaba a su propia hija Elvira, y gritaban enfurecidos Canoabo y Anacaona por la suerte de su sobrino Guarocuya, y Pigoanza se rearmaba para nuevas batallas, y Pecellón y Cimití y Canaruma y Gotoguaney y cien más, y cien mil más, retomaban las lanzas para que no les quitaran la tierra a la que amaban y que era tan suya como su propia sangre.

Y pasó el soldado Castellanos como un viento

de justicia por las calles ahora abandonadas de ciudades como Todariquibo, Cumarebo, Miraca o Hurraqui, y acercándose a lo que quedaba de Santa Marta corrió por los lugares donde habían florecido pueblos ya reducidos a cenizas como Debuya, Paraguanil y Maracarote y en todas partes encontró cadáveres, manos cortadas que ya no cultivarían la tierra ni encenderían las fogatas de la amistad, pies arrancados de sus cuerpos que ya no podrían untarse con la tierra y la distancia de los caminos, ojos sin paisajes y sin la última luz de las miradas, bocas amordazadas por la muerte para el resto de la eternidad.

Y él, Castellanos, era el testigo de todo eso, de la ruina de un mundo, del saqueo, del despojo, y tenía las manos amarradas e inútiles, tenía los pies hundidos en el suelo con raíces profundas, tenía los ojos cuajados de lágrimas.

Por eso al otro día, cuando la luz bajó desde las últimas copas de los árboles en las alas abiertas de los pájaros, Juan decidió que tenía que abandonar la vida que llevaba, y acercarse a Dios pidiéndole por los que seguían ejerciendo el heroísmo y la barbarie de la conquista y por quienes, indefensos y sorprendidos, amedrentados y atropellados, seguían en el papel de conquistados.

Todo lo evoca ahora, todo viene en tropel a su memoria mientras nervioso se coloca los ornamentos, y oye el lejano bramar de las olas del mar de Cartagena y el cercano tañir de las campanas, y le crece la gratitud hacia el capitán Nuño de Castro que le ha brindado su casa para que en ella se haga una pequeña fiesta, y

piensa con alegría en la bondad del deán Juan Pérez Materano; y medita sobrecogido, dichosamente humilde, en su Dios, el que ama, en el que cree, en el que confía y espera, por haberle permitido encontrar el camino. Y cuando sale hacia el altar para celebrar su primera misa en esa soleada mañana de agosto de 1.554, vuelve a abrir los brazos como en otra ocasión y cae de rodillas y le ruega a Cristo, que lo escucha desde el madero en el que sigue agonizando, que le permita restañar las heridas del maltratado cuerpo de América, y que le dé licencia para limpiarlo de lágrimas y sangre y para bautizar cada uno de sus vocablos, de sus árboles, de sus madrugadas y de sus ríos, a fin de que teniendo nombre no desaparezcan en la inclemente noche del olvido.

Capítulo 7
"Tierra que pone fin a nuestra pena"

1.

Al caer el telón del teatro extraño
donde representamos la existencia,
oímos los balidos del rebaño
que no pudo aprender ninguna ciencia
y percibimos el profundo daño
que nos mantuvo a oscuras la conciencia,
mientras grita una voz indefinible
que ya rectificar es imposible.

Nacimos con los pasos presentidos
previamente dispuestos y contados;
vivimos por el miedo contenidos
y morimos a tientas y asustados,
por un rasero sin razón medidos
y sin misericordia sojuzgados,
esperando otra tierra clara y buena
que en verdad ponga fin a nuestra pena.

2.

La llegada de Jerónima cambió muchas cosas en la casa apacible del beneficiado. Se amplió el mobiliario de la sala con tres sofás de damasco carmesí, y con varios sillones de cuero a la manera cordobesa. También se colocó un nuevo escaparate para libros, a fin de ordenar de alguna manera los que leía con

frecuencia don Juan, y darle cabida a sus cuadernos y a los legajos donde iba amontonando sus historias, en la redacción de las cuales gastaba enormes cantidades de papel y de plumas que iban de sus manos al tintero de plata que siempre estaba lleno. En el comedor, donde antes no entraba casi nadie porque el silencioso habitante de la casa de Domingo de Aguirre prefería tomar los alimentos en su escritorio o en el patio, en la silla que se mecía bajo los brazos abiertos del brevo, se instaló una mesa de madera de cedro con sus cuatro patas en forma de garras. Para proteger los sofás de la sala, Jerónima había traído algunas mantas indígenas, que elaboraban con artístico cuidado las mujeres de los naturales de la Guajira. Hubo necesidad de acondicionarle a la joven una alcoba independiente, donde a más de su cama se colocó una credencia con grifo y jofaina, y un candelero cobrizo para las velas de sebo.

Jerónima llegó como un regalo del cielo y, al mismo tiempo, como una parte de ese pasado al que ninguna persona puede renunciar. Cuando el capitán Luis Villanueva, de quien Castellanos duró años sin tener la más pequeña noticia, le hizo llegar una carta donde le hablaba de la niña que ya estaba en trance de convertirse en mujer, el breve espacio del amor, de la inocente lujuria y de la dicha invadió la memoria de don Juan, hasta no dejar espacio para nada más. Pensó en esa mujer silenciosa, bella, limpia, transparente, y en la forma como se acercaron y se amaron, en la manera como entre los dos construyeron un breve interludio de la vida; rememoró el maremoto de Cubagua, su marcha en el barco de Rodrigo Niebla hasta las costas

de Margarita, su viaje al Cabo de la Vela, la ambición que lo impulsó a buscar el oro en la Sierra, cuando el mayor tesoro que escondía era el de la ciudad esplendorosa que tal vez habría sido tragada por la selva, y su regreso a la península, a los desiertos blancos de Manaure, y el encuentro feroz con las ruinas de las construcciones españolas, y sus años de búsqueda durante los cuales no tuvo ninguna noticia ni de Macopira, ni del capitán Villanueva, su mujer y sus dos hijos.

Y de repente le llegó esa carta, y un año largo después Jerónima se presentó en su casa de Tunja, acompañada por uno de los hijos de Luis, Pedro, el mayor, y por cuatro soldados y una hermana de la esposa del capitán. Don Juan, al verla, sintió que todos esos años en los que había vivido tantas cosas quedaban suprimidos, como borrados, y encontró en el rostro de la muchacha los ojos inconfundibles de Macopira, que lo miraban desde la eternidad; porque el resto de la cara era igual a la suya, como si se mirara en un espejo: el mentón breve, las facciones angulosas, y la sonrisa que parecía hecha para derretir el hielo y preparar los cálidos terrenos de la amistad. Sí, se dijo don Juan, el poeta: esa niña, esa ya casi mujer, era su hija, el fruto de ese amor inmenso. Hija de un soñador que había visto partir los barcos desde las alturas de la catedral de Sevilla, andaluz de tiempo completo, y de una india de esta América, que vio angustiada cómo su padre regresaba sin vida desde el abismo de los arrecifes de Cubagua; hija de ese hombre que después de ver la pesadilla bárbara de la conquista había decidido seguir los caminos de Dios para salvar un

poco de lo mucho que había antes de la invasión, y de esa mujer pequeña, dulce, inocente, que en un camino de penurias y de agravios había encontrado unos brazos abiertos por el amor en los que se refugió para saborear un bocado de esa felicidad que es quizá la más esquiva de las cosechas de la tierra.

Don Juan la quiso con todo ese caudal de ternura guardado en los pliegues de su alma. Y como ya la muchacha estaba en edad de casarse buscó para ella el que consideró el mejor partido, Pedro de Rivera, un hombre trabajador, responsable, honesto; y los tuvo un tiempo en su casa como si le doliera dejar partir a su hija recuperada después de años y de leguas de ausencia; hasta que comprendió que ellos necesitaban su propio nido para amarse, y les dio una casa, y los vio instalarse, y quererse al comienzo, y después miró con desagrado cómo Pedro empezaba a torcerse, se llenaba de vicios y de deudas, y sólo vino a perdonarlo cuando llegó María de la Paz, y le siguió perdonando sus errores al nacer Gabriel, y se sintió niño de cinco años jugando en el patio de su casa de Alanís cuando pudo correr con ellos, perder su seriedad tradicional para aceptarles chanzas y jolgorios, y volver así a la patria por excelencia de todos los seres humanos, la luminosa patria de la infancia.

Ahora, acodado en los barandales del segundo piso, rememora esa época, y se pregunta por qué la vida le devolvió a su hija sólo para quitársela, por qué fue tan fugaz su paso por el mundo. Y piensa que también fue fugaz y leve el paso de Macopira, que pareció entrar como una luminosa sombra por la vida y salir de ella en puntas de pies, como si no quisiera ser

notada. Y en ese renunciamiento del amor terrenal que durante décadas reemplazó por el amor a Dios y a la promesa de su cielo vuelve a pensar ahora mientras caen por los rincones de Tunja, esa ciudad fundada en el centro de sus afectos, las campanas del ángelus, y se prenden sobre los estoraques y los últimos cerros los resplandores del sol de los crepúsculos, y se acercan por el camino los que regresan del trabajo, y se perfila un canto donde la resignación le deja paso a la expectativa, y se encienden arriba las estrellas como gotas caídas desde un llanto infinito.

3.

¿Cómo podía amar tanto una tierra que no era la suya? Desde las lomas por las que los senderos rodaban hacia Soracá el historiador Juan de Castellanos contempló la ciudad que, a sus pies, comenzaba a despertar. Les había pedido a Gabriel y a Alonso que lo acompañaran en ese paseo que tal vez sería el último, porque fuera de las dolencias que la vejez había ido instalando en su cuerpo sintió la noche anterior unos escalofríos en el alma, que le indicaban que muy pronto debería presentarse ante Dios para darle cuenta de sus acciones y de su vida. Por eso, apoyándose en el brazo de su nieto, desparramó la mirada por el paisaje, y vio la neblina que se recogía hacia las alturas como el telón de un teatro inmenso en el fondo del cual fue surgiendo Tunja con sus barrancos y sus caminos, con las calles que tenían nombres curiosos, la del Ventorrillo, la de las Ánimas, la del Muelle, y sitios de referencia como la Pila del Mono que había construido en el centro de la plaza mayor el

cantero Diego de Morales, y adonde iban las mujeres y los muchachos a proveerse de agua, que siempre había sido escasa; o los conventos que continuaban creciendo, o que ya se habían establecido como el de Santa Clara la Real donde su nieta María de la Paz seguía despejando de malezas el camino del cielo, o el que estaban terminando los dominicos, o el que ya habían acabado de construir los franciscanos. Y dominándolo todo, como debía ser, la obra de su iglesia, que ya estaba casi completa y a la que únicamente le faltaba la torre, que alcanzaba a insinuarse gracias a los andamios a los que –cuando su cuerpo estaba menos abatido por el paso inevitable de los años– le gustaba treparse para ver la ciudad desde lo alto, como ahora, y sentirla empujar cada una de las palpitaciones de su corazón, porque la emoción que le producía verla lo devolvía de un solo golpe a sus siete años cuando podía encaramarse a la torre de su iglesia en Alanís y consentir las campanas y espantar las cigüeñas.

El aire estaba frío, pero tan limpio como si lo estuvieran estrenando. Era el vestido nuevo que la ciudad se ponía todas las madrugadas; y el recogimiento y el silencio lo llevaron hasta el desorden y el bullicio de Sevilla, el otro punto de referencia en el mapa incompleto de sus andanzas. Tal vez, pensó de súbito, en ese más allá que comenzaba a abrirse ante sus ojos indicándole el camino definitivo, pudiera encontrar al bachiller Heredia y abrazarlo con el corazón henchido de gratitud, porque al darle la palabra le abrió las puertas de la comprensión y del conocimiento, y sobre todo porque le había permitido

nombrar las cosas de ese mundo nuevo en donde árboles, torrentes, ciudades, personas, animales, plantas, despeñaderos y montañas ya estaban definidos en otras lenguas, cuyos significados había podido comprender gracias a los desvelos que el cura de la catedral le había regalado cuando él, Juan, niño que apenas orillaba la adolescencia, tenía despierta la curiosidad por conocerlo todo. Esa facilidad de utilizar la magia portentosa de la palabra había ido surgiendo en los versos de sus Elegías, a las que amaba tanto como a su iglesia de Santiago porque sabía que las unas y la otra perdurarían mucho más allá de su fallecimiento, y no lo dejarían caer en esa muerte definitiva del olvido.

No necesitaban hablar para saber que estaban juntos. Los tres, siguió pensando don Juan, ese sobrino que había venido como él desde las costas de España que presenciaron batallas, derrotas y victorias a lo largo de los siglos de lucha contra el moro; ese hijo de su hermano Alonso, en cuya memoria debía estar fresca la casa de Alanís, el paisaje distante de la Sierra Morena, los chopos y los algarrobos y los olivos, y el sonido de los amaneceres donde se fundían en una sola música los balidos y los cencerros, los chillidos de las águilas reales que diametraban el cielo y el canto de las alondras en las filas oscuras de los álamos. Y ese nieto fruto de su amor por Macopira, hijo de Jerónima que había sido ternura, soledad y silencio, y que brilló por unos años alegrándole la vida y después se apagó de repente en el misterio inmenso de la muerte, tal vez para encontrarse en el otro lado con su madre y con su abuelo, al que Castellanos logró subir a la pequeña

playa de Cubagua cuando ya había muerto entre la ramazón de los corales que con paciencia de siglos habían construido un bosque petrificado donde aprendieran a cantar los peces.

Empezaron a bajar, como en una ceremonia; porque para don Juan, que ya había pasado el límite de los ochenta años, ese caminar de madrugada por las calles de la ciudad de la que no había vuelto a salir desde que llegó como cura en 1562, luego de haber servido en la iglesia de Cartagena como párroco y como tesorero, y de ejercer su ministerio en Nuestra Señora de los Remedios del Río de la Hacha y en Tamalameque, era casi un acto sagrado, como una comunión con el paisaje frío y recogido y con sus habitantes de los que conocía historias y nombres, virtudes y pecados, necesidades y problemas. Respiró hondo, asimiló en el aire de la madrugada el olor de los fogones distantes, dejó que entraran en su espíritu las ensoñaciones, los sufrimientos y las esperanzas de quienes se habían refugiado bajo las alas abiertas de esa Tunja maternal, y fue midiendo sus pasos, disfrutándolos, saboreándolos porque sabía que ya nunca más podría subir a las colinas que dominaban la ciudad, para verla despertarse en el centro del amanecer y en toda la mitad de sus paisajes.

4.

Andando por caminos que no existían, vadeando ríos más bravos que los tigres, huyendo de los pantanos infestados de serpientes, esquivando los ataques de quienes se defendían de la invasión, Juan había sentido la presencia de un poder extraño que no

lograba definir y que la mayoría de las veces no podía entender, pero que existía, tan permanente como el aire, tan definitivo como el tiempo. Intentaba ponerlo en razones comprensibles para su concepto del mundo pero se le escapaba, aunque sabía que acompañaba sus pasos no conseguía definirlo ni agarrarlo, estaba ahí como la luz que no podía guardarse en una mochila pero que en cambio llenaba el universo. Juan sabía que a medida que penetraban en esos bosques ancestrales los árboles hablaban, de un lado a otro avisaban de la presencia de los extraños, estaban acostumbrados al paso quedo y sigiloso de los indios y el ruido de las botas delataba a los forasteros, y los arcabuces propiciaban la caída de las hojas y de los frutos y por êso los monos, las garzas y las bandadas de loros eran conscientes del peligro, y también se avisaban las orugas y los grandes churruscos y hasta los hongos que crecían entre las hojas muertas. El golpe de los macheteros que intentaban abrir un claro entre la maleza lo sentían los bejucos y les comunicaban su temblor a los grandes árboles de nombres desconocidos, y la flor oía las palabras y las guardaba para aprenderlas o se las repetía a los gajos más altos, y las chicharras tenían un sonido de pequeños tambores que delataban el avance de los intrusos, y croaban los sapos informando de un charco a otro el lugar por donde andaban, y los lagartos huían sólo para contar más adelante cómo iban las tropas, y los zancudos y moscas y polillas formaban batallones para rechazarlos, y las guacamayas llenaban con la estridencia de su plumaje los más oscuros rincones del bosque a fin de que todos estuvieran preparados para

desterrarlos.

El agua tenía unos alfabetos especiales que los peninsulares desconocían, y que los naturales sabían leer. Las mujeres parían en el agua, los niños aprendían a nadar antes de dar sus primeros pasos sobre la tierra, los cazadores se lavaban varias veces al día para que no los delatara el olor de su cuerpo, y por eso los pobladores de esa tierra olían a campo, a selva sin dueños ni fronteras, a hierbas maceradas. Y los torrentes contaban lo que habían visto sobre las cumbres de los montes más altos, y los ríos que bajaban desde la Sierra hablaban de los colores que tenía el cielo y de la ubicación de las constelaciones en las playas de arriba, y los aguaceros producían una música especial como de mil fotutos que tocaran a un tiempo, y con el zumo de las plantas se podía entrar al reino de los muertos con la seguridad de que se lograría salir de sus extraños límites, y en el fondo de los poporos se guardaba un poco de la eternidad.

Castellanos comprendía que el sentido de unidad existe en una tribu primitiva, en la cual cada uno de sus miembros es parte de un gran organismo. Observándolos, escuchándolos, viéndolos actuar, había llegado a la conclusión de que tenían entre ellos, y entre ellos y la naturaleza, una especie de telepatía, y que lo que podría llamarse el inconsciente colectivo era una realidad inmediata. Los árboles, los ríos, las tormentas, las alboradas eran los espíritus de la naturaleza, que hace gracias a su compenetración con los nativos una suerte de magia cotidiana. Los jeroglíficos que se pintaban con bija en la piel antes de las batallas, tenían un sentido y un significado. En los

arcanos e intrincados bosques estaban rodeados de presencias invisibles que los enteraban de todo, y vivían en contacto directo con los ritmos y las armonías de la tierra. También fue entendiendo que veían la vida como un círculo interminable, de este lado y del otro; por eso, al ver violadas sus tumbas que eran las puertas de entrada a los bosques y las sementeras de la muerte, supieron que sus ancestros, que los habían precedido en el camino permanente, se quedarían sin poder ir ni volver.

Las estrellas eran ellos mismos, cada uno tenía arriba su propia luz, millares de indios recorriendo la tierra y millones de luceros andando por el cielo, y la luna era amiga y confidente del agua y se contaban sus misterios y preparaban el tiempo de las siembras, de los partos y de las cosechas. Dormía el padre sol, y los elegidos para las ceremonias vigilaban la extensión de las noches para verlo volver. Y sus rayos a veces se escondían entre las arrugas de la tierra y de allí los sacaban, los sometían a procesos en los que eran expertos los orfebres para elaborar pájaros y peces y camines y sapos y figuras que tenían voz para comunicarse con quienes desde lo alto vigilaban el ir y venir de los días, de las vidas, de los sueños y de las barcas de tela de araña donde debían viajar al otro lado, a cazar venados de neblina y a vigilar las cosechas de espigas luminosas, por donde viajaban los que ya se habían ido.

La magia estaba en todo, pensaba Juan; y le dolía que los aventureros con los que había venido capturaran esas palabras de oro con que los indios le hablaban al dios sol, y las fundieran, las destruyeran,

las callaran; y por ahogarlas al quitarles el inmenso valor dado por el trabajo de convertirlas en vocablos y en oraciones y plegarias, Juan sabía que habían dejado mudo para siempre a un mundo que tardaría siglos en volver a encontrar la posibilidad de su propia palabra.

5.

"En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo". ¿Se le encalambraba la mano y por primera vez en muchos años se le hacía difícil escribir? ¿O era que le dolía el alma porque al redactar su testamento estaba enfrentándose de manera definitiva e irreversible con la muerte? Recordó la fecha: 4 de junio de 1606. Ya iba para los ochenta y cinco años, y eso era mucho tiempo sobre todo en una época en que la mayor parte de las personas moría antes de cumplir los cincuenta. Además, esa mano había permanecido escribiendo durante mucho más de medio siglo; y antes –recordó con un escalofrío– supo de las batallas, de las heridas y la muerte; pero también, se dijo y se le aquietó el alma, logró conocer las caricias, la dulcedumbre de un cuerpo entregado, la presión de otra mano, la forma de un rostro y la suavidad del cabello, la tersura de unos labios y el diámetro elástico de unos senos jóvenes, y alcanzó a palpar la curvatura de un vientre en el que crecía una vida nueva, que durante mucho tiempo creyó perdida pero que le había llegado luego de años como una recompensa de ternura.

Amarró los recuerdos y pensó en las cosas que le pertenecían, en lo que había ido guardando a través del tiempo, objetos ligados a sus afectos como el Agnus Dei

de oro y el crucifijo pequeñito que siempre había llevado al cuello y que sería para su nieto Gabriel, o pertenencias de otro orden como las mil ovejas que tenía en Tunja, de las cuales serían quinientas para su sobrino Alonso.

Don Juan era minucioso y preciso en el recuento de sus bienes, como había sido exacto y detallista en el relato de las batallas, de las penurias de los conquistadores, del heroísmo con que se habían enfrentado a una tierra salvaje cuyos dueños la defendieron hasta más allá de la muerte, y en las razones que asistían a descubridores y letrados como sus amigos Gonzalo Jiménez de Quesada y Gonzalo Suárez Rendón, en las cálidas discusiones que había tenido con Lorenzo Martín acerca de la legitimidad de los endecasílabos y de las octavas reales, en la barbarie injustificada de quienes mancharon con la sangre enemiga el lento y doloroso proceso de la invasión, en las costumbres de los naturales, la organización de sus sociedades y jerarquías, sus creencias y sus leyes, y también en la descripción de sus paisajes y en la asimilación de voces nuevas porque las cosas encontradas ya tenían nombre, ya existían, y porque era preciso que, llamándolas, permanecieran y se perpetuaran en el tiempo.

Con ese cuidado que lo acompañó siempre empezó a relacionar sus pertenencias, desde un jarro de plata hasta un almirez de bronce, y después las personas que le debían dinero, y sus casas y solares en Tunja, en Villa de Leiva y en Vélez. Pero antes dejó ordenadas una larga serie de misas por su alma, y luego constituyó dos capellanías en cabeza de su

sobrino y de su nieto. Y en la medida en que iba repasando las cosas que lo habían acompañado en el transcurso de los años, las fue dejando a quienes las necesitaban, a quienes podían servirse de ellas, y abrió para los esclavos a su cuidado la posibilidad de reencontrarse con la libertad, y se ocupó del futuro de su nieta María de la Paz y de su sobrina María, la hija de su hermano Francisco.

Pero no era solamente una relación de objetos lo que le ocupaba la mente en los lluviosos comienzos de ese junio, sino que la enumeración cuidadosa de elementos lo llevaba de la mano a lo que había sido su vida en esa bienamada ciudad de Tunja, en la que conoció el sosiego y la paz, y al mismo tiempo las envidias y las murmuraciones y las distintas máscaras de la hipocresía, y cuando se le vinieron en tropel sus diferencias y pleitos con el presbítero Juan de Cañada, o con el cura Cristóbal de Sanabria, o con Francisco de Murcia, o con Pedro Bravo de Rivera que inicialmente había sido mayordomo de la iglesia, o con Bartolomé Moya, Francisco Abril, el mismo Benjamín Carrión y los que entre remates, incumplimientos y pendencias fueron adelantando la obra de la catedral, o con el sacristán de la iglesia mayor, Félix de Aldana, con quien aún se encontraba enredado en discusiones porque el beneficiado era transparente en sus cosas y no soportaba las trapisondas ni los abusos de confianza, las espantó a todas y llamó en su ayuda a su proverbial sentido de la reconciliación, la ecuanimidad y la justicia, para poder terminar esa labor testamentaria mientras estuviera en su sano y cabal juicio, con el fin de no cometer ningún desaguisado y

de no incurrir en el menor olvido.

Y se ocupó de que su sobrino Alonso se encargara de averiguar qué había sucedido con los tres tomos no publicados de sus Elegías de Varones Ilustres de Indias, informándose con Joan Sáez Hurtado y con el capitán Joan de la Fuente, y que ordenara la impresión de al menos quinientos ejemplares de cada tomo, y que lo que su venta produjera fuera destinado a sus hermanos Alonso y Francisco; y en cuanto a lo que más amaba, sus cuadernos de apuntes y papeles, y los originales en los que había gastado ríos de tinta y años de vida, ordenó que se le entregaran a su nieto, el hijo de esa pequeña Jerónima que fue como una ráfaga de alegría que pasó por su vida, recordándole que también la época de su amor con Macopira fue como el brillo de una de esas estrellas fugaces que alumbran antes de desaparecer, y que con esa leve luz alcanzan a justificar la existencia del cielo.

6.

Corrían los niños por el huerto, jugando a esconderse entre los árboles. A Castellanos las risas infantiles le recordaron de un solo golpe las castañuelas que había escuchado palpitar entre las manos de una gitana en un tablado flamenco de Sevilla, en la última de las noches que vivió en España antes de embarcarse con Baltasar de León en busca de la aventura del nuevo mundo. ¿No volvería a Alanís? Tal vez no, se dijo con un asomo de melancolía, su vida ya estaba organizada en Tunja, tenía compromisos insoslayables no sólo con la iglesia sino consigo mismo; con la una como beneficiado, y además como directo

responsable de la construcción de la catedral; y en lo estrictamente personal, con su empeño en seguir escribiendo sus Elegías, con la esperanza firme de rescatar del olvido lo que la conquista había representado para quienes la ejercieron y también para quienes tuvieron que padecerla.

Gabriel y María de la Paz le llenaban la vida. ¿Dónde estaba Jerónima? Sin duda cerca del resplandor de Dios porque había sido una mujer buena, una esposa cumplida y resignada, y una madre entregada por completo a sus hijos. ¿Por qué la habían llamado tan pronto a rendir cuentas? Ahora de ella le quedaba la nostalgia, y también la obligación de seguir acudiendo en ayuda de su marido, ese Pedro de Rivera al que había sacado en ocasiones de la cárcel adonde lo llevaban por negocios tramposos o por deudas. Tal vez, si no lo abandonaba a su propio destino, podría enderezarlo y convertirlo en un buen padre, aunque lo dudaba mucho. Por eso los niños habían quedado bajo su techo y junto a su afecto, y en cuidarlos le ayudaba Baruola, que también había tenido una hija a la que bautizaron con el nombre de Angelina.

María de la Paz se acercó con las manos escondidas tras de la espalda, y con una sonrisa enorme amaneciéndole en la cara. Don Juan intentó dar una vuelta alrededor de ella, siguiéndole el juego, pero ella también se giró aún escondiéndole las manos. Y luego le mostró lo que ocultaba: una manzana, roja y amarilla, apetitosa y fresca. La niña la mordió, y un poco del néctar de la fruta se le escurrió de los labios a la barbilla, mientras en el fondo oscuro de los ojos –¡la mirada preciosa de Macopira!– le bailaba la risa.

Luego se acercó Gabriel y la niña le ofreció la manzana, y reanudaron el juego, y sus voces volvieron a ser las castañuelas en la mano oscura de la gitana en la noche bulliciosa de esa taberna mal iluminada en las orillas del Guadalquivir.

Las risas se apagaron poco a poco; y el tiempo, que había ido hasta el pasado, se detuvo de nuevo en el presente. Don Juan avanzó por el patio de lajas hasta los comienzos del huerto, mientras la tarde caminaba a pasos lentos hacia el principio de la noche. Miró el viejo manzano, que alguna vez trajo desde la Villa de Nuestra Señora de Leiva y que creyó que no prendería entre los fríos de Tunja; buscó una fruta que estaba a punto de caer de la rama porque le pesaba mucho la dulzura y la acarició amorosamente, y se le vino a la memoria el cuerpo frutal de Macopira, la tersa suavidad de su piel morena, la felicidad temerosa que le temblaba encima de la cara como una mariposa siempre lista para levantar el vuelo, la luz oscura de sus miradas de gacela, las pocas palabras castellanas que logró aprender, ese halo especial que le marcaba el cuerpo con olor de manzana por la cercanía de la maternidad. Y don Juan, desde sus largos años le dio de nuevo gracias a su Dios porque había sido magnánimo con él en todo, y porque nunca le mezquinó nada de lo que le había dado un sentido profundo y un significado trascendente a su vida.

7.

Ese 27 de noviembre de 1607 amaneció lloviendo. Don Juan, que había ido perdiendo la agilidad y la firmeza de sus movimientos, apenas logró

ir hasta la ventana y mirar la calle mojada, barrida por el viento. Cuando estaba devolviéndose hacia el lecho entró Gabriel, y tras él Baruola con un cocimiento de hierbas aromáticas con las que el beneficiado había tenido que reemplazar el chocolate mañanero; y por último entró Alonso. Lo riñeron por levantarse solo, por no haberlos llamado en su ayuda, y él les dijo que le colocaran la ruana y que le sirvieran de muletas para ir hasta el corredor, donde quería instalarse en la mecedora en la que desde hacía semanas pasaba la mayor parte de su tiempo, a veces hablando solo, en ocasiones ensayando las palabras que debería decirle a Dios cuando lo tuviera presente, no sólo como un juez sino tal vez como un compañero de campaña, como un amigo del alma, ese Dios que era una fuerza inconcebible para dominar los planetas y las estrellas y evitar que se destrozaran en sus viajes por el universo, y era al mismo tiempo el tierno empuje que maduraba las ciruelas y pintaba de color el aroma discreto de los geranios.

Lo instalaron en la silla, le abrigaron las piernas con una manta, Baruola vigiló que terminara el agua donde había mezclado hojas de hierbabuena y cidrón, de mejorana y albahaca. Les dijo que podía quedarse solo, y que los llamaría en caso de que necesitara alguna cosa. Se fueron preocupados, y don Juan dejó que los ojos se le llenaran con la dulce paz del huerto, en el centro del cual la mata de brevo seguía preparando desde muchos años atrás, desde que Domingo de Aguirre le dejó la casa para que nunca más saliera de ella, la pulpa azucarada de sus frutos.

La gente a la que había aprendido a amar, los

naturales de su América, ¿tenían derecho al futuro? Partiendo de las matanzas de la conquista, ¿dónde estaban ahora? En el duro trabajo de las encomiendas, en los túneles de las minas, en los corralones de las haciendas que los extraños habían construido en la tierra que había sido únicamente suya. Ya no quedaba nada de su idioma, perdieron su noción de pertenencia a las montañas, al cielo y a la selva, y sus dioses habían sido lanzados a las tinieblas exteriores. Recordó el mito que le habían contado tanto el indio de Tamalameque como Francisco de Orellana cuando llegó con los restos de sus hombres a Cubagua, después de que las autoridades lo dejaron andar libremente por la isla; y que se refería a la anaconda como un inmenso caudal de vida en la que los indios habían llegado navegando desde la vertiginosa raíz del tiempo; la anaconda era la significación de la existencia que no termina nunca; y con el proceso de la invasión había caído en un profundo sueño, del que tarde o temprano tenía que despertar. Tal vez para que la anaconda volviera a ser la corriente impetuosa y auténtica de la vida que les habían quitado, pasarían muchos siglos. Pero él sabía que así como sus Elegías eran la herencia que le dejaba a la humanidad, también el despertar de la anaconda era el patrimonio con que los dueños de esa tierra construirían el porvenir.

Pensó ir hasta su biblioteca, donde en las estanterías estaban acumulados sus mejores amigos, a los que había aprendido a amar desde sus épocas de estudiante con el bachiller Heredia; o a la sala, cuya chimenea había calentado tantas tertulias emparamadas cuando se reunía con sus amigos, el

licenciado Jiménez de Quesada que podía pasarse una noche entera declamando poemas del inmenso romancero español, o el capitán Suárez Rendón que venía expresamente a conversar con él desde su encomienda de Icabuco, o los pintores entre los cuales se destacaba Alonso de Narváez, humildemente orgulloso desde que el cuadro pintado por él fue milagrosamente restaurado, o algunos músicos que tocaban laúdes y vihuelas, contradanzas y gallardas, o unos pocos encomenderos de los que habían comprendido que mejorando la manera de tratar a sus siervos obtenían un rendimiento más satisfactorio y un buen balance en el inevitable enfrentamiento con su conciencia. Pensó ir por el pasadizo hasta la catedral, empaparse de su imponencia, hacerla caber en las diminutas celdas de sus ojos y en el espacio sin limitaciones de su espíritu, decirle a Dios que esa era apenas una morada diminuta para su inmensidad, y al mismo tiempo comprender que la grandeza de Dios es tanta que cabe holgadamente en la irremediable pequeñez del hombre. Pensó en el rincón de esa, su iglesia, donde había reservado un espacio para que reposara su cuerpo, ese mismo que iba desmadejándose, como empezando a disolverse, como comenzando a repartirse entre los dedos oscuros de la tierra para ser después durazno y astromelia, para convertirse en espiga y estrella, y para ser, como destino final, olvido, memoria y eternidad.

Caía la llovizna desde las nubes hasta los surcos de esa nueva tierra; resbalaban las gotas del borde de las tejas de barro sobre las lajas uniformes del patio; caían los recuerdos como hojas amarillas que tal vez se

salvaran reverdeciendo en otros árboles; y mientras se cerraban los párpados de don Juan sobre sus últimas miradas, caían también las campanas de los conventos y las iglesias de Tunja, destacando las pausas del silencio y midiéndole los pasos a la muerte.

Tunja
Noviembre 27 del 2007
(Bajo las campanas perpetuas de Nuestra Señora de las Nieves)

ÍNDICE

Ha dictado más de 1.500 conferencias, conversatorios, tertulias y talleres, y hace algunos años aceptó formar en las filas de los docentes, que comparten su sabiduría y su ejemplo con los jóvenes a quienes les corresponde construir el futuro.

Considerado uno de los escritores capitales de nuestra América, se ha mantenido vivo, beligerante y combativo gracias a la extraña vigencia de sus libros, que tratan temas sociales, teológicos, históricos, políticos, eróticos, médicos, jurídicos, filosóficos, y que muchas veces han sido proféticos sobre la realidad de nuestro país, del continente y del mundo en que nos ha tocado vivir.

EL SUEÑO DE LA ANACONDA

Pocas veces consigue un escritor meterse dentro del cuerpo y el alma de un personaje, en una forma tan completa, como lo logra Fernando Soto Aparicio con don Juan de Castellanos en esta apasionante novela biográfica.

Don Juan no es sólo el autor de ese monumento a la Palabra que son las Elegías de Varones Ilustres de Indias, sino uno de los hombres más apasionantes de su tiempo. Aventurero, poeta, filósofo, teólogo, sembrador de ideas, constructor de una catedral, amante, historiador, padre, pastor de almas, hacendado, confesor, soldado, cura, médico, visionario; detuvo su vuelo en los estoraques, los geranios y los amaneceres de Tunja, luego de haber deambulado por mares enloquecidos y selvas tenebrosas, por desfiladeros y precipicios, en los caballos bravos de las olas y en los potros que se agarraban a la tierra tratando de inventar caminos y de beber distancias.

Esta es la historia de su vida, escrita con un profundo amor por el personaje, su circunstancia y su paisaje. Un libro que conjuga con maestría la novela y la historia, y que revive a una ciudad y a un hombre, los dos igualmente entrañables y permanentes.

BOYACÁ
Para Seguir Creciendo!

ISBN: 978-958-8394-01-5

GOBERNACIÓN DE BOYACÁ
SECRETARÍA DE CULTURA Y TURISMO